Hechos

1 En mi primer relato, oh Teófilo, escribí acerca
de todo lo que Jesús comenzó a hacer y a enseñar,
2 hasta el día en que fue llevado al cielo,
después de dar mandamientos por medio del
Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido.
3 Después de padecer, se presentó vivo a ellos
con muchas pruebas claras. Durante cuarenta
días se les apareció y les habló acerca del reino de
Dios.
4 Mientras estaba reunido con ellos, les mandó
que no se fueran de Jerusalén, sino que esperaran
la promesa del Padre, de la cual, dijo él, ustedes
oyeron de mí.
5 Porque Juan bautizó con agua, pero ustedes
serán bautizados con el Espíritu Santo dentro de
pocos días.
6 Entonces, los que estaban reunidos le
preguntaron: Señor, ¿restaurarás el reino a Israel
en este tiempo?
7 Él les dijo: No les toca a ustedes saber los
tiempos ni las ocasiones que el Padre puso bajo
su propia autoridad.
8 Pero recibirán poder cuando el Espíritu Santo
venga sobre ustedes, y serán mis testigos en
Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta lo
último de la tierra.
9 Después de decir estas cosas, mientras ellos
miraban, Jesús fue elevado, y una nube lo recibió
y lo ocultó de sus ojos.

10 Mientras ellos seguían mirando fijamente al
cielo, mientras él se iba, se les presentaron dos
hombres vestidos de blanco.
11 Ellos dijeron: Varones galileos, ¿por qué están
mirando al cielo? Este mismo Jesús, que fue
llevado de ustedes al cielo, vendrá de la misma
manera en que lo vieron ir al cielo.
12 Entonces volvieron a Jerusalén desde el
monte llamado de los Olivos, que está cerca de
Jerusalén, a la distancia permitida para caminar
en día de reposo.
13 Cuando llegaron, subieron al aposento alto
donde se alojaban. Allí estaban Pedro, Juan,
Jacobo, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo,
Jacobo hijo de Alfeo, Simón el Zelote y Judas hijo
de Jacobo.
14 Todos ellos perseveraban unidos en oración,
junto con las mujeres, con María la madre de
Jesús, y con sus hermanos.
15 En aquellos días, Pedro se levantó en medio
de los hermanos. El grupo reunido era como de
ciento veinte personas. Pedro dijo:
16 Hermanos, era necesario que se cumpliera la
Escritura que el Espíritu Santo habló antes por
boca de David acerca de Judas, quien guió a los
que arrestaron a Jesús.
17 Porque Judas fue contado entre nosotros y
recibió parte en este ministerio.
18 Este hombre compró un campo con la
recompensa de su maldad; y cayendo de cabeza,
se reventó por en medio, y se le salieron todas las
entrañas.

19 Esto llegó a ser conocido por todos los que
vivían en Jerusalén. Por eso aquel campo fue
llamado en su idioma Acéldama, que significa
Campo de Sangre.
20 Porque está escrito en el libro de los Salmos:
Que su morada quede desierta, y que nadie viva
en ella; y también: Que otro tome su cargo.
21 Por tanto, de los hombres que han estado con
nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús
entraba y salía entre nosotros,
22 desde el bautismo de Juan hasta el día en que
Jesús fue llevado de entre nosotros, uno de ellos
debe ser hecho testigo con nosotros de su
resurrección.
23 Entonces propusieron a dos: a José, llamado
Barsabás, que tenía por sobrenombre Justo, y a
Matías.
24 Oraron y dijeron: Señor, tú conoces el
corazón de todos. Muestra a cuál de estos dos has
escogido
25 para tomar el lugar en este ministerio y
apostolado, del cual Judas se apartó para irse a su
propio lugar.
26 Luego echaron suertes, y la suerte cayó sobre
Matías. Y fue contado con los once apóstoles.

2

1 Cuando llegó el día de Pentecostés, todos
estaban juntos en un mismo lugar.
2 De repente vino del cielo un ruido como de un
viento fuerte que soplaba, y llenó toda la casa
donde estaban sentados.

3 Se les aparecieron lenguas como de fuego,
que se repartieron y se posaron sobre cada uno
de ellos.
4 Todos fueron llenos del Espíritu Santo y
comenzaron a hablar en otros idiomas, según el
Espíritu les daba que hablaran.
5 En Jerusalén vivían judíos, hombres temerosos
de Dios, de toda nación debajo del cielo.
6 Cuando se oyó aquel ruido, se juntó la
multitud. Estaban confundidos, porque cada uno
los oía hablar en su propio idioma.
7 Todos estaban asombrados y maravillados, y
decían: ¿No son galileos todos estos que hablan?
8 Entonces, ¿cómo es que cada uno de nosotros
los oye hablar en el idioma en que nacimos?
9 Partos, medos, elamitas, los que vivimos en
Mesopotamia, en Judea y Capadocia, en el Ponto
y Asia,
10 en Frigia y Panfilia, en Egipto y en las
regiones de Libia cerca de Cirene, visitantes de
Roma, tanto judíos como prosélitos,
11 cretenses y árabes, todos los oímos hablar en
nuestros propios idiomas de las grandes obras de
Dios.
12 Todos estaban asombrados y confundidos, y
se decían unos a otros: ¿Qué significa esto?
13 Pero otros se burlaban y decían: Están llenos
de vino nuevo.
14 Entonces Pedro se puso de pie con los once,
alzó la voz y les dijo: Varones de Judea, y todos
los que viven en Jerusalén, sepan esto y escuchen
mis palabras.

15 Estos no están borrachos, como ustedes
piensan, pues apenas es la hora tercera del día.
16 Más bien, esto es lo que fue dicho por medio
del profeta Joel:
17 Sucederá en los últimos días, dice Dios, que
derramaré de mi Espíritu sobre toda carne. Sus
hijos y sus hijas profetizarán, sus jóvenes verán
visiones, y sus ancianos soñarán sueños.
18 Aun sobre mis siervos y mis siervas
derramaré de mi Espíritu en aquellos días, y
profetizarán.
19 Mostraré maravillas arriba en el cielo y
señales abajo en la tierra: sangre, fuego y vapor
de humo.
20 El sol se convertirá en oscuridad, y la luna en
sangre, antes que venga el día grande y glorioso
del Señor.
21 Y todo el que invoque el nombre del Señor
será salvo.
22 Varones de Israel, escuchen estas palabras:
Jesús de Nazaret fue un hombre aprobado por
Dios ante ustedes con milagros, maravillas y
señales que Dios hizo por medio de él entre
ustedes, como ustedes mismos saben.
23 A este Jesús, entregado según el plan
determinado y el previo conocimiento de Dios,
ustedes lo tomaron y lo mataron, crucificándolo
por manos de hombres malvados.
24 Pero Dios lo resucitó, librándolo de los
dolores de la muerte, porque no era posible que
la muerte lo retuviera.

25 Porque David dice acerca de él: Veía siempre
al Señor delante de mí, porque está a mi derecha,
para que yo no sea movido.
26 Por eso se alegró mi corazón y mi lengua se
llenó de gozo. También mi cuerpo descansará en
esperanza,
27 porque no dejarás mi alma en el Hades, ni
permitirás que tu Santo vea corrupción.
28 Me diste a conocer los caminos de la vida. Me
llenarás de gozo con tu presencia.
29 Hermanos, puedo decirles con toda
confianza acerca del patriarca David que murió y
fue sepultado, y su sepulcro está entre nosotros
hasta el día de hoy.
30 Pero él era profeta y sabía que Dios le había
jurado que de sus descendientes levantaría al
Cristo para sentarse en su trono.
31 Viendo esto de antemano, habló de la
resurrección del Cristo, diciendo que su alma no
fue dejada en el Hades, ni su cuerpo vio
corrupción.
32 A este Jesús Dios lo resucitó, y de esto todos
nosotros somos testigos.
33 Así que, exaltado a la derecha de Dios, y
habiendo recibido del Padre la promesa del
Espíritu Santo, ha derramado esto que ustedes
ahora ven y oyen.
34 Porque David no subió a los cielos, pero él
mismo dice: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi
derecha,
35 hasta que ponga a tus enemigos por estrado
de tus pies.

36 Por tanto, sepa con seguridad toda la casa de
Israel que a este Jesús, a quien ustedes
crucificaron, Dios lo ha hecho Señor y Cristo.
37 Al oír esto, se les compungió el corazón y
dijeron a Pedro y a los demás apóstoles:
Hermanos, ¿qué haremos?
38 Pedro les dijo: Arrepiéntanse, y bautícese cada
uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para
perdón de sus pecados, y recibirán el don del
Espíritu Santo.
39 Porque la promesa es para ustedes, para sus
hijos y para todos los que están lejos, para todos
los que el Señor nuestro Dios llame.
40 Con muchas otras palabras daba testimonio
y los exhortaba, diciendo: Sálvense de esta
generación perversa.
41 Entonces los que recibieron su palabra
fueron bautizados, y aquel día fueron añadidas
como tres mil personas.
42 Perseveraban en la enseñanza de los
apóstoles, en la comunión, en el partimiento del
pan y en las oraciones.
43 Vino temor sobre toda persona, y muchas
maravillas y señales eran hechas por medio de los
apóstoles.
44 Todos los que creían estaban juntos y tenían
todas las cosas en común.
45 Vendían sus propiedades y bienes, y los
repartían a todos, según la necesidad de cada uno.
46 Cada día perseveraban unidos en el templo,
partían el pan en las casas y comían juntos con
alegría y sencillez de corazón,

47 alabando a Dios y teniendo favor con todo el
pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia a los
que iban siendo salvos.

3

1 Pedro y Juan subían juntos al templo a la hora
novena, la hora de la oración.
2 Había un hombre cojo desde su nacimiento, a
quien llevaban cada día y ponían a la puerta del
templo llamada Hermosa, para pedir limosna a
los que entraban en el templo.
3 Cuando vio a Pedro y a Juan que iban a entrar
en el templo, les pidió limosna.
4 Pedro, junto con Juan, fijó los ojos en él y le
dijo: Míranos.
5 Él les prestó atención, esperando recibir algo
de ellos.
6 Pero Pedro dijo: No tengo plata ni oro; pero lo
que tengo, te doy. En el nombre de Jesucristo de
Nazaret, levántate y camina.
7 Pedro lo tomó de la mano derecha y lo
levantó. Al instante se le fortalecieron los pies y
los tobillos.
8 De un salto se puso de pie y comenzó a
caminar. Entró con ellos en el templo,
caminando, saltando y alabando a Dios.
9 Todo el pueblo lo vio caminar y alabar a Dios.
10 Lo reconocieron como el que se sentaba a
pedir limosna en la puerta Hermosa del templo, y
quedaron llenos de asombro y admiración por lo
que le había sucedido.

11 Mientras el hombre se mantenía junto a
Pedro y Juan, todo el pueblo, lleno de asombro,
corrió hacia ellos al pórtico llamado de Salomón.
12 Al ver esto, Pedro respondió al pueblo:
Varones de Israel, ¿por qué se maravillan de esto?
¿Por qué nos miran como si por nuestro propio
poder o piedad hubiéramos hecho caminar a este
hombre?
13 El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el
Dios de nuestros padres, ha glorificado a su
Siervo Jesús, a quien ustedes entregaron y
rechazaron delante de Pilato, aunque él había
decidido soltarlo.
14 Pero ustedes rechazaron al Santo y Justo, y
pidieron que se les concediera un homicida.
15 Mataron al Autor de la vida, a quien Dios
resucitó de entre los muertos. De esto nosotros
somos testigos.
16 Por la fe en su nombre, el nombre de Jesús ha
fortalecido a este hombre que ustedes ven y
conocen. La fe que viene por medio de Jesús le ha
dado esta completa sanidad delante de todos
ustedes.
17 Ahora bien, hermanos, sé que ustedes
hicieron esto por ignorancia, como también sus
gobernantes.
18 Pero Dios cumplió así lo que había
anunciado antes por boca de todos sus profetas:
que el Cristo debía padecer.
19 Por tanto, arrepiéntanse y vuélvanse a Dios,
para que sus pecados sean borrados, y vengan
tiempos de alivio de parte del Señor.

20 Entonces él enviará a Jesucristo, quien les
fue anunciado antes.
21 Es necesario que el cielo lo reciba hasta los
tiempos de la restauración de todas las cosas, de
las cuales Dios habló desde tiempos antiguos por
boca de sus santos profetas.
22 Porque Moisés dijo a los padres: El Señor su
Dios les levantará un profeta como yo de entre
sus hermanos. A él escucharán en todo lo que les
diga.
23 Y toda persona que no escuche a aquel
profeta será destruida de entre el pueblo.
24 Todos los profetas, desde Samuel en
adelante, todos los que hablaron, también
anunciaron estos días.
25 Ustedes son hijos de los profetas y del pacto
que Dios hizo con nuestros padres, diciendo a
Abraham: En tu descendencia serán benditas
todas las familias de la tierra.
26 A ustedes primero, Dios, habiendo levantado
a su Siervo Jesús, lo envió para bendecirlos,
apartando a cada uno de ustedes de sus
maldades.

4

1 Mientras Pedro y Juan hablaban al pueblo, se
acercaron a ellos los sacerdotes, el jefe de la
guardia del templo y los saduceos.
2 Estaban muy molestos porque enseñaban al
pueblo y anunciaban en Jesús la resurrección de
entre los muertos.
3 Entonces los arrestaron y los pusieron en la
cárcel hasta el día siguiente, porque ya era tarde.

4 Pero muchos de los que habían oído la palabra
creyeron, y el número de los hombres llegó a ser
como cinco mil.
5 Al día siguiente se reunieron en Jerusalén los
gobernantes, los ancianos y los escribas.
6 También estaban Anás, el sumo sacerdote,
Caifás, Juan, Alejandro y todos los que eran de la
familia del sumo sacerdote.
7 Pusieron a Pedro y a Juan en medio y les
preguntaron: ¿Con qué poder, o en qué nombre,
hicieron ustedes esto?
8 Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les
dijo: Gobernantes del pueblo y ancianos de
Israel:
9 Si hoy se nos interroga acerca del bien hecho
a un hombre enfermo, para saber cómo ha sido
sanado,
10 sepan todos ustedes y todo el pueblo de
Israel que este hombre está delante de ustedes
sano por el nombre de Jesucristo de Nazaret, a
quien ustedes crucificaron y a quien Dios
resucitó de entre los muertos.
11 Este Jesús es la piedra que ustedes, los
constructores, rechazaron, y que ha llegado a ser
la piedra principal.
12 En ningún otro hay salvación, porque no hay
otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en
que podamos ser salvos.
13 Cuando vieron la valentía de Pedro y de Juan,
y se dieron cuenta de que eran hombres sin
estudios formales y sencillos, se maravillaron. Y
reconocieron que habían estado con Jesús.

14 Pero al ver de pie con ellos al hombre que había sido sanado, no podían decir nada en
contra.
15 Entonces les mandaron salir del concilio y
discutieron entre sí,
16 diciendo: ¿Qué haremos con estos hombres?
Porque es evidente para todos los que viven en
Jerusalén que por medio de ellos se ha hecho una
señal notable, y no lo podemos negar.
17 Pero para que esto no se extienda más entre
el pueblo, amenacémoslos para que no hablen
más a nadie en este nombre.
18 Entonces los llamaron y les ordenaron que
no hablaran ni enseñaran en el nombre de Jesús.
19 Pero Pedro y Juan les respondieron: Juzguen
ustedes si es correcto delante de Dios
obedecerlos a ustedes antes que a Dios.
20 Porque no podemos dejar de hablar de lo que
hemos visto y oído.
21 Después de amenazarlos más, los dejaron ir.
No encontraron manera de castigarlos, por causa
del pueblo, porque todos glorificaban a Dios por
lo que había sucedido.
22 Porque el hombre en quien se había hecho
este milagro de sanidad tenía más de cuarenta
años.
23 Cuando Pedro y Juan fueron puestos en
libertad, volvieron a los suyos y les contaron todo
lo que los principales sacerdotes y los ancianos
les habían dicho.
24 Al oírlo, todos alzaron juntos la voz a Dios y
dijeron: Señor, tú hiciste el cielo, la tierra, el mar
y todo lo que hay en ellos.

25 Tú dijiste por medio del Espíritu Santo, por
boca de David tu siervo: ¿Por qué se amotinaron
las naciones, y los pueblos pensaron cosas vanas?
26 Se levantaron los reyes de la tierra, y los
gobernantes se reunieron contra el Señor y
contra su Cristo.
27 Porque en verdad se unieron en esta ciudad
contra tu santo Siervo Jesús, a quien ungiste:
Herodes, Poncio Pilato, los gentiles y el pueblo de
Israel.
28 Hicieron todo lo que tu mano y tu propósito
habían determinado de antemano que sucediera.
29 Ahora, Señor, mira sus amenazas, y concede
a tus siervos que hablen tu palabra con toda
valentía.
30 Extiende tu mano para sanar, y haz señales y
maravillas por medio del nombre de tu santo
Siervo Jesús.
31 Cuando terminaron de orar, el lugar donde
estaban reunidos tembló. Todos fueron llenos del
Espíritu Santo y hablaban la palabra de Dios con
valentía.
32 La multitud de los que habían creído era de
un solo corazón y una sola alma. Ninguno decía
que algo de lo que poseía era suyo propio, sino
que tenían todas las cosas en común.
33 Con gran poder los apóstoles daban
testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y
abundante gracia estaba sobre todos ellos.
34 No había entre ellos ningún necesitado,
porque todos los que tenían tierras o casas las
vendían, traían el dinero de lo vendido

35 y lo ponían a los pies de los apóstoles. Luego
se repartía a cada uno según su necesidad.
36 José, a quien los apóstoles llamaban Bernabé,
que significa Hijo de consuelo, era levita, natural
de Chipre.
37 Él tenía un campo, lo vendió, trajo el dinero y
lo puso a los pies de los apóstoles.

5

1 Pero cierto hombre llamado Ananías, junto
con Safira su esposa, vendió una propiedad.
2 Él se quedó con parte del precio, sabiéndolo
también su esposa; y llevó solo una parte y la
puso a los pies de los apóstoles.
3 Entonces Pedro dijo: Ananías, ¿por qué llenó
Satanás tu corazón para que mintieras al Espíritu
Santo y te quedaras con parte del precio del
terreno?
4 Mientras lo tenías, ¿no era tuyo? Y después de
venderlo, ¿no estaba el dinero bajo tu autoridad?
¿Por qué pusiste esto en tu corazón? No has
mentido a los hombres, sino a Dios.
5 Al oír estas palabras, Ananías cayó y murió. Y
vino gran temor sobre todos los que oyeron esto.
6 Entonces los jóvenes se levantaron, lo
envolvieron, lo sacaron y lo sepultaron.
7 Como tres horas después, entró su esposa, sin
saber lo que había sucedido.
8 Pedro le dijo: Dime, ¿vendieron el terreno por
esta cantidad? Ella respondió: Sí, por esa
cantidad.
9 Entonces Pedro le dijo: ¿Por qué se pusieron
de acuerdo para poner a prueba al Espíritu del

Señor? Mira, a la puerta están los pies de los que
sepultaron a tu esposo, y también te sacarán a ti.
10 Al instante ella cayó a los pies de Pedro y
murió. Cuando los jóvenes entraron, la
encontraron muerta; la sacaron y la sepultaron
junto a su esposo.
11 Y vino gran temor sobre toda la iglesia y
sobre todos los que oyeron estas cosas.
12 Por medio de los apóstoles se hacían muchas
señales y maravillas entre el pueblo. Todos
estaban unidos en el pórtico de Salomón.
13 De los demás, ninguno se atrevía a juntarse
con ellos; sin embargo, el pueblo los tenía en alta
estima.
14 Y más creyentes, hombres y mujeres, se
añadían al Señor en gran número.
15 A tal punto que sacaban a los enfermos a las
calles y los ponían en camas y camillas, para que
al pasar Pedro, al menos su sombra cayera sobre
alguno de ellos.
16 También venía mucha gente de las ciudades
cercanas a Jerusalén, trayendo enfermos y
personas atormentadas por espíritus inmundos; y
todos eran sanados.
17 Entonces se levantó el sumo sacerdote y
todos los que estaban con él, que eran del partido
de los saduceos, llenos de celos.
18 Arrestaron a los apóstoles y los pusieron en la
cárcel pública.
19 Pero durante la noche, un ángel del Señor
abrió las puertas de la cárcel, los sacó y les dijo:
20 Vayan, preséntense en el templo y hablen al
pueblo todas las palabras de esta vida.

21 Al oír esto, entraron en el templo al
amanecer y enseñaban. Mientras tanto, llegó el
sumo sacerdote con los que estaban con él.
Convocaron al concilio y a todos los ancianos de
los hijos de Israel, y enviaron a la cárcel para
traer a los apóstoles.
22 Pero cuando llegaron los guardias, no los
encontraron en la cárcel. Entonces volvieron y
dieron aviso,
23 diciendo: Encontramos la cárcel cerrada con
toda seguridad, y a los guardias de pie ante las
puertas; pero cuando abrimos, no encontramos a
nadie adentro.
24 Cuando oyeron estas palabras, el jefe de la
guardia del templo y los principales sacerdotes
quedaron perplejos, preguntándose en qué
terminaría esto.
25 Entonces llegó alguien y les dijo: Miren, los
hombres que pusieron en la cárcel están en el
templo, enseñando al pueblo.
26 Entonces el jefe de la guardia fue con los
oficiales y los trajo, pero sin violencia, porque
temían que el pueblo los apedreara.
27 Los trajeron y los pusieron delante del
concilio. El sumo sacerdote les preguntó:
28 ¿No les ordenamos estrictamente que no
enseñaran en este nombre? Pero ustedes han
llenado Jerusalén con su enseñanza, y quieren
echar sobre nosotros la sangre de ese hombre.
29 Pedro y los apóstoles respondieron: Es
necesario obedecer a Dios antes que a los
hombres.

30 El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a
quien ustedes mataron colgándolo en un madero.
31 A este, Dios lo exaltó a su derecha como
Príncipe y Salvador, para dar a Israel
arrepentimiento y perdón de pecados.
32 Nosotros somos testigos de estas cosas, y
también el Espíritu Santo, a quien Dios ha dado a
los que lo obedecen.
33 Al oír esto, ellos se enfurecieron y querían
matarlos.
34 Pero en el concilio se levantó un fariseo
llamado Gamaliel, maestro de la Ley, respetado
por todo el pueblo. Mandó que sacaran por un
momento a los apóstoles.
35 Luego les dijo: Varones de Israel, tengan
cuidado de lo que van a hacer con estos hombres.
36 Porque antes de estos días se levantó Teudas,
diciendo que era alguien importante, y se le
unieron como cuatrocientos hombres. Pero él fue
muerto, y todos los que le obedecían fueron
dispersados y quedaron en nada.
37 Después de él se levantó Judas el galileo, en
los días del censo, y arrastró gente tras sí. Él
también murió, y todos los que le obedecían
fueron dispersados.
38 Ahora les digo: Apártense de estos hombres y
déjenlos. Porque si este plan o esta obra es de los
hombres, se destruirá.
39 Pero si es de Dios, ustedes no podrán
destruirla; no sea que se encuentren luchando
contra Dios.

40 Ellos estuvieron de acuerdo con él. Llamaron
a los apóstoles, los azotaron, les ordenaron que no
hablaran en el nombre de Jesús, y los soltaron.
41 Entonces ellos salieron de la presencia del
concilio, gozosos de haber sido considerados
dignos de sufrir vergüenza por causa del Nombre.
42 Y cada día, en el templo y por las casas, no
dejaban de enseñar y anunciar que Jesús es el
Cristo.

6

1 En aquellos días, al aumentar el número de los
discípulos, hubo una queja de los judíos de habla
griega contra los hebreos, porque sus viudas
eran descuidadas en la distribución diaria.
2 Entonces los doce convocaron a la multitud
de los discípulos y dijeron: No es correcto que
nosotros dejemos la palabra de Dios para servir a
las mesas.
3 Por tanto, hermanos, escojan de entre ustedes
a siete hombres de buen testimonio, llenos del
Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes
encarguemos este trabajo.
4 Pero nosotros perseveraremos en la oración y
en el ministerio de la palabra.
5 Esta propuesta agradó a toda la multitud.
Escogieron a Esteban, hombre lleno de fe y del
Espíritu Santo, y a Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón,
Parmenas y Nicolás, prosélito de Antioquía.
6 Los presentaron ante los apóstoles, quienes,
después de orar, les impusieron las manos.
7 La palabra de Dios crecía, y el número de los
discípulos se multiplicaba mucho en Jerusalén.
También muchos sacerdotes obedecían a la fe.

8 Esteban, lleno de gracia y de poder, hacía
grandes maravillas y señales entre el pueblo.
9 Entonces se levantaron algunos de la
sinagoga llamada de los Libertos, y también de
los cireneos, alejandrinos, y de los de Cilicia y
Asia. Estos discutían con Esteban.
10 Pero no podían resistir la sabiduría y el
Espíritu con que hablaba.
11 Entonces sobornaron a unos hombres para
que dijeran: Lo hemos oído hablar palabras
blasfemas contra Moisés y contra Dios.
12 Así alborotaron al pueblo, a los ancianos y a
los escribas. Se acercaron, lo arrestaron y lo
llevaron ante el concilio.
13 Presentaron testigos falsos que decían: Este
hombre no deja de hablar palabras contra este
lugar santo y contra la Ley.
14 Porque le hemos oído decir que ese Jesús de
Nazaret destruirá este lugar y cambiará las
costumbres que Moisés nos dio.
15 Todos los que estaban sentados en el concilio
fijaron los ojos en Esteban y vieron su rostro
como el rostro de un ángel.

7

1 Entonces el sumo sacerdote dijo: ¿Son ciertas
estas cosas?
2 Esteban respondió: Hermanos y padres,
escuchen. El Dios de la gloria se apareció a
nuestro padre Abraham cuando estaba en
Mesopotamia, antes de vivir en Harán.
3 Le dijo: Sal de tu tierra y de tu familia, y ven a
la tierra que yo te mostraré.

4 Entonces Abraham salió de la tierra de los
caldeos y vivió en Harán. Después de la muerte
de su padre, Dios lo trajo a esta tierra donde
ustedes viven ahora.
5 Pero no le dio herencia en ella, ni siquiera un
lugar donde poner el pie. Sin embargo, prometió
dársela en posesión a él y a su descendencia
después de él, aunque Abraham todavía no tenía
hijo.
6 Dios habló así: Su descendencia vivirá como
extranjera en tierra ajena. La esclavizarán y la
maltratarán durante cuatrocientos años.
7 Pero yo juzgaré a la nación que los esclavice,
dijo Dios. Después de eso saldrán y me servirán
en este lugar.
8 Dios le dio el pacto de la circuncisión. Así
Abraham engendró a Isaac y lo circuncidó al
octavo día. Isaac engendró a Jacob, y Jacob a los
doce patriarcas.
9 Los patriarcas, movidos por envidia,
vendieron a José para Egipto. Pero Dios estaba
con él.
10 Lo libró de todas sus aflicciones, le dio gracia
y sabiduría delante de Faraón, rey de Egipto, y
este lo puso como gobernador sobre Egipto y
sobre toda su casa.
11 Entonces vino hambre sobre toda la tierra de
Egipto y de Canaán, y hubo gran aflicción.
Nuestros padres no encontraban alimento.
12 Cuando Jacob oyó que había trigo en Egipto,
envió a nuestros padres la primera vez.
13 En la segunda vez, José se dio a conocer a sus
hermanos, y la familia de José llegó a ser
conocida por Faraón.

14 Entonces José mandó llamar a su padre
Jacob y a toda su familia, setenta y cinco
personas en total.
15 Jacob descendió a Egipto, y allí murió él, y
también nuestros padres.
16 Luego fueron llevados a Siquem y puestos en
el sepulcro que Abraham había comprado por
precio de plata a los hijos de Hamor en Siquem.
17 Pero cuando se acercaba el tiempo de la
promesa que Dios había jurado a Abraham, el
pueblo creció y se multiplicó en Egipto,
18 hasta que se levantó otro rey que no conocía
a José.
19 Este rey trató con astucia a nuestra nación y
maltrató a nuestros padres, obligándolos a
abandonar a sus bebés para que murieran.
20 En ese tiempo nació Moisés, y era hermoso
delante de Dios. Fue criado tres meses en la casa
de su padre.
21 Cuando fue abandonado, la hija de Faraón lo
recogió y lo crió como hijo suyo.
22 Moisés fue instruido en toda la sabiduría de
los egipcios, y era poderoso en sus palabras y en
sus obras.
23 Cuando cumplió cuarenta años, le nació en el
corazón visitar a sus hermanos, los hijos de Israel.
24 Al ver que uno de ellos era maltratado, lo
defendió y vengó al oprimido, matando al
egipcio.
25 Él pensaba que sus hermanos entenderían
que Dios les daría liberación por medio de su
mano, pero ellos no lo entendieron.

26 Al día siguiente, se presentó a unos que
peleaban y trató de ponerlos en paz, diciendo:
Hombres, ustedes son hermanos. ¿Por qué se
maltratan el uno al otro?
27 Pero el que maltrataba a su prójimo empujó a
Moisés, diciendo: ¿Quién te puso como
gobernante y juez sobre nosotros?
28 ¿Quieres matarme como mataste ayer al
egipcio?
29 Al oír estas palabras, Moisés huyó y vivió
como extranjero en la tierra de Madián, donde
tuvo dos hijos.
30 Después de cuarenta años, un ángel se le
apareció en el desierto del monte Sinaí, en la
llama de fuego de una zarza.
31 Cuando Moisés lo vio, se maravilló de la
visión. Al acercarse para mirar, vino a él la voz
del Señor:
32 Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de
Abraham, de Isaac y de Jacob. Moisés,
temblando, no se atrevía a mirar.
33 Entonces el Señor le dijo: Quita el calzado de
tus pies, porque el lugar donde estás es tierra
santa.
34 Ciertamente he visto la aflicción de mi
pueblo que está en Egipto, he oído su gemido y he
descendido para librarlos. Ahora ven, te enviaré
a Egipto.
35 A este Moisés, a quien ellos rechazaron
diciendo: ¿Quién te puso como gobernante y
juez?, Dios lo envió como gobernante y libertador
por mano del ángel que se le apareció en la zarza.

36 Este los sacó, haciendo maravillas y señales
en Egipto, en el Mar Rojo y en el desierto durante
cuarenta años.
37 Este es aquel Moisés que dijo a los hijos de
Israel: Dios les levantará un profeta como yo de
entre sus hermanos.
38 Este es el que estuvo en la asamblea en el
desierto, con el ángel que le hablaba en el monte
Sinaí y con nuestros padres. Él recibió palabras
vivas para dárnoslas.
39 Pero nuestros padres no quisieron
obedecerlo. Lo rechazaron, y en sus corazones
volvieron a Egipto.
40 Dijeron a Aarón: Haznos dioses que vayan
delante de nosotros, porque no sabemos qué le
pasó a este Moisés, que nos sacó de la tierra de
Egipto.
41 En aquellos días hicieron un becerro,
ofrecieron sacrificio al ídolo y se alegraron en la
obra de sus manos.
42 Entonces Dios se apartó de ellos y los entregó
para que rindieran culto al ejército del cielo, como
está escrito en el libro de los profetas: ¿Acaso me
ofrecieron víctimas y sacrificios durante cuarenta
años en el desierto, casa de Israel?
43 Más bien, llevaron la tienda de Moloc y la
estrella de su dios Refán, imágenes que hicieron
para adorarlas. Por eso los llevaré más allá de
Babilonia.
44 Nuestros padres tenían en el desierto el
tabernáculo del testimonio, como Dios ordenó a
Moisés que lo hiciera según el modelo que había
visto.

45 Nuestros padres lo recibieron y lo trajeron
con Josué cuando tomaron posesión de la tierra
de las naciones que Dios expulsó delante de ellos.
Así fue hasta los días de David.
46 David halló gracia delante de Dios y pidió
hallar una morada para el Dios de Jacob.
47 Pero Salomón le edificó una casa.
48 Sin embargo, el Altísimo no habita en templos
hechos por manos, como dice el profeta:
49 El cielo es mi trono, y la tierra es el estrado de
mis pies. ¿Qué casa me edificarán?, dice el Señor.
¿O cuál será el lugar de mi reposo?
50 ¿No hizo mi mano todas estas cosas?
51 ¡Duros de cerviz e incircuncisos de corazón y
de oídos! Ustedes siempre resisten al Espíritu
Santo. Como hicieron sus padres, así también
hacen ustedes.
52 ¿A cuál de los profetas no persiguieron sus
padres? Ellos mataron a los que anunciaron de
antemano la venida del Justo, a quien ustedes
ahora han traicionado y matado.
53 Ustedes recibieron la Ley por medio de
ángeles, pero no la obedecieron.
54 Al oír estas cosas, se enfurecieron en sus
corazones y rechinaban los dientes contra
Esteban.
55 Pero él, lleno del Espíritu Santo, miró
fijamente al cielo y vio la gloria de Dios, y a Jesús
de pie a la derecha de Dios.
56 Entonces dijo: Miren, veo los cielos abiertos,
y al Hijo del Hombre de pie a la derecha de Dios.
57 Pero ellos gritaron a gran voz, se taparon los
oídos y se lanzaron todos juntos contra él.

58 Lo echaron fuera de la ciudad y lo
apedrearon. Los testigos dejaron sus mantos a
los pies de un joven llamado Saulo.
59 Mientras lo apedreaban, Esteban invocaba al
Señor y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu.
60 Luego se puso de rodillas y clamó a gran voz:
Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Y
habiendo dicho esto, durmió.

8

1 Saulo aprobaba la muerte de Esteban. En
aquel día comenzó una gran persecución contra
la iglesia que estaba en Jerusalén. Todos, excepto
los apóstoles, fueron dispersados por las regiones
de Judea y Samaria.
2 Unos hombres piadosos sepultaron a Esteban
e hicieron gran llanto por él.
3 Pero Saulo devastaba la iglesia. Entraba de
casa en casa, arrastraba a hombres y mujeres y
los metía en la cárcel.
4 Los que fueron dispersados iban por todas
partes anunciando la palabra.
5 Felipe descendió a la ciudad de Samaria y les
predicaba a Cristo.
6 La gente, al oír y ver las señales que Felipe
hacía, prestaba mucha atención a lo que decía.
7 Porque de muchos que tenían espíritus
inmundos, estos salían gritando a gran voz; y
muchos paralíticos y cojos eran sanados.
8 Así hubo gran alegría en aquella ciudad.
9 Había allí un hombre llamado Simón, que
desde antes practicaba la magia en la ciudad y

asombraba a la gente de Samaria, diciendo que él
era alguien grande.
10 Todos, desde el más pequeño hasta el más
grande, le prestaban atención y decían: Este es el
gran poder de Dios.
11 Le prestaban atención porque durante
mucho tiempo los había asombrado con sus artes
mágicas.
12 Pero cuando creyeron a Felipe, que
anunciaba las buenas noticias acerca del reino
de Dios y del nombre de Jesucristo, se bautizaban
hombres y mujeres.
13 También Simón mismo creyó. Después de ser
bautizado, seguía a Felipe; y al ver las señales y
grandes milagros que se hacían, estaba
asombrado.
14 Cuando los apóstoles que estaban en
Jerusalén oyeron que Samaria había recibido la
palabra de Dios, les enviaron a Pedro y a Juan.
15 Ellos descendieron y oraron por los
samaritanos para que recibieran el Espíritu
Santo,
16 porque todavía no había descendido sobre
ninguno de ellos, sino que solo habían sido
bautizados en el nombre del Señor Jesús.
17 Entonces Pedro y Juan les impusieron las
manos, y ellos recibieron el Espíritu Santo.
18 Cuando Simón vio que por la imposición de
las manos de los apóstoles se daba el Espíritu
Santo, les ofreció dinero,
19 diciendo: Denme también a mí este poder,
para que cualquiera a quien yo imponga las
manos reciba el Espíritu Santo.

20 Pero Pedro le dijo: Que tu dinero perezca
contigo, porque pensaste que el don de Dios se
puede comprar con dinero.
21 No tienes parte ni suerte en este asunto,
porque tu corazón no es recto delante de Dios.
22 Arrepiéntete, pues, de esta maldad tuya, y
ruega a Dios, por si tal vez te sea perdonado el
pensamiento de tu corazón.
23 Porque veo que estás lleno de amargura y
atado por la maldad.
24 Entonces Simón respondió: Rueguen ustedes
al Señor por mí, para que no venga sobre mí nada
de lo que han dicho.
25 Después de dar testimonio y hablar la
palabra del Señor, Pedro y Juan volvieron a
Jerusalén, anunciando las buenas noticias en
muchas aldeas de los samaritanos.
26 Un ángel del Señor habló a Felipe, diciendo:
Levántate y ve hacia el sur, al camino que baja de
Jerusalén a Gaza. Ese camino es desierto.
27 Felipe se levantó y fue. Y había un etíope,
eunuco, funcionario importante de Candace,
reina de los etíopes, encargado de todo su tesoro.
Él había venido a Jerusalén para adorar,
28 y regresaba sentado en su carro, leyendo al
profeta Isaías.
29 El Espíritu dijo a Felipe: Acércate y júntate a
ese carro.
30 Felipe corrió hacia él y lo oyó leer al profeta
Isaías. Entonces le preguntó: ¿Entiendes lo que
lees?

31 Él dijo: ¿Y cómo podré entender, si alguien no
me guía? Y rogó a Felipe que subiera y se sentara
con él.
32 El pasaje de la Escritura que leía era este:
Como oveja fue llevado al matadero; y como
cordero calla delante del que le corta la lana, así
él no abrió su boca.
33 En su humillación no se le hizo justicia.
¿Quién contará su generación? Porque su vida fue
quitada de la tierra.
34 El eunuco respondió a Felipe: Te ruego que
me digas, ¿de quién dice esto el profeta? ¿De sí
mismo, o de algún otro?
35 Entonces Felipe abrió su boca y, comenzando
desde esta Escritura, le anunció las buenas
noticias acerca de Jesús.
36 Mientras iban por el camino, llegaron a un
lugar donde había agua. El eunuco dijo: Mira,
aquí hay agua. ¿Qué impide que yo sea
bautizado?
37 Felipe dijo: Si crees de todo corazón, puedes.
Él respondió: Creo que Jesucristo es el Hijo de
Dios.
38 Entonces mandó detener el carro. Felipe y el
eunuco descendieron al agua, y Felipe lo bautizó.
39 Cuando subieron del agua, el Espíritu del
Señor arrebató a Felipe. El eunuco ya no lo vio
más, y siguió su camino gozoso.
40 Pero Felipe apareció en Azoto. Pasando por
todas las ciudades, anunciaba las buenas noticias
hasta que llegó a Cesarea.

9

1 Saulo, respirando aún amenazas y muerte
contra los discípulos del Señor, fue al sumo
sacerdote
2 y le pidió cartas para las sinagogas de
Damasco, para que, si encontraba allí a algunos
del Camino, hombres o mujeres, los llevara
presos a Jerusalén.
3 Mientras iba de camino y se acercaba a
Damasco, de repente lo rodeó una luz del cielo.
4 Cayó al suelo y oyó una voz que le decía:
Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?
5 Él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y el Señor
respondió: Yo soy Jesús, a quien tú persigues.
6 Pero levántate, entra en la ciudad, y allí se te
dirá lo que debes hacer.
7 Los hombres que viajaban con Saulo se
quedaron sin poder hablar. Oían la voz, pero no
veían a nadie.
8 Saulo se levantó del suelo; pero cuando abrió
los ojos, no veía nada. Entonces lo llevaron de la
mano a Damasco.
9 Estuvo tres días sin ver, y no comió ni bebió.
10 Había en Damasco un discípulo llamado
Ananías. El Señor le dijo en una visión: Ananías. Él
respondió: Aquí estoy, Señor.
11 El Señor le dijo: Levántate y ve a la calle
llamada Derecha. Busca en casa de Judas a un
hombre llamado Saulo, de Tarso, porque está
orando.
12 Saulo ha visto en visión a un hombre
llamado Ananías, que entra y le impone las
manos para que recobre la vista.

13 Ananías respondió: Señor, he oído de muchos
acerca de este hombre, cuánto mal ha hecho a tus
santos en Jerusalén.
14 Y aquí tiene autoridad de los principales
sacerdotes para arrestar a todos los que invocan
tu nombre.
15 Pero el Señor le dijo: Ve, porque este hombre
es un instrumento escogido por mí para llevar mi
nombre ante los gentiles, los reyes y los hijos de
Israel.
16 Yo le mostraré cuánto debe sufrir por causa
de mi nombre.
17 Entonces Ananías fue, entró en la casa, le
impuso las manos y dijo: Hermano Saulo, el
Señor Jesús, que se te apareció en el camino por
donde venías, me ha enviado para que recobres
la vista y seas lleno del Espíritu Santo.
18 Al instante cayeron de sus ojos como
escamas, y recobró la vista. Luego se levantó y
fue bautizado.
19 Después de comer, recobró fuerzas. Saulo se
quedó algunos días con los discípulos que estaban
en Damasco.
20 Enseguida comenzó a predicar en las
sinagogas que Jesús es el Hijo de Dios.
21 Todos los que lo oían estaban asombrados y
decían: ¿No es este el que en Jerusalén perseguía a
los que invocaban este nombre? ¿No vino aquí
para llevarlos presos ante los principales
sacerdotes?
22 Pero Saulo se fortalecía cada vez más y
confundía a los judíos que vivían en Damasco,
demostrando que Jesús es el Cristo.

23 Después de muchos días, los judíos se
pusieron de acuerdo para matarlo.
24 Pero Saulo supo de su plan. Ellos vigilaban
las puertas de la ciudad día y noche para matarlo.
25 Entonces sus discípulos lo tomaron de noche
y lo bajaron por la muralla en una canasta.
26 Cuando Saulo llegó a Jerusalén, trataba de
unirse a los discípulos, pero todos le tenían miedo,
porque no creían que fuera discípulo.
27 Pero Bernabé lo tomó y lo llevó a los
apóstoles. Les contó cómo Saulo había visto al
Señor en el camino, cómo el Señor le había
hablado, y cómo en Damasco había predicado con
valentía en el nombre de Jesús.
28 Así Saulo estaba con ellos en Jerusalén,
entrando y saliendo,
29 y predicaba con valentía en el nombre del
Señor Jesús. Hablaba y discutía con los judíos de
habla griega, pero ellos procuraban matarlo.
30 Cuando los hermanos lo supieron, lo
llevaron a Cesarea y lo enviaron a Tarso.
31 Entonces la iglesia por toda Judea, Galilea y
Samaria tenía paz y era fortalecida. Vivía en el
temor del Señor y en el consuelo del Espíritu
Santo, y seguía creciendo.
32 Sucedió que Pedro, mientras recorría todas
partes, fue también a visitar a los santos que
vivían en Lida.
33 Allí encontró a un hombre llamado Eneas,
que llevaba ocho años en cama, porque era
paralítico.

34 Pedro le dijo: Eneas, Jesucristo te sana.
Levántate y arregla tu cama. Y enseguida se
levantó.
35 Todos los que vivían en Lida y en Sarón lo
vieron, y se convirtieron al Señor.
36 Había en Jope una discípula llamada Tabita,
que traducido es Dorcas. Esta mujer abundaba
en buenas obras y en actos de misericordia.
37 Sucedió en aquellos días que enfermó y
murió. Después de lavarla, la pusieron en un
aposento alto.
38 Como Lida estaba cerca de Jope, los
discípulos, al oír que Pedro estaba allí, le enviaron
dos hombres para rogarle: Ven a nosotros sin
tardar.
39 Pedro se levantó y fue con ellos. Cuando
llegó, lo llevaron al aposento alto. Todas las
viudas estaban junto a él, llorando y mostrándole
las túnicas y vestidos que Dorcas hacía cuando
estaba con ellas.
40 Entonces Pedro hizo salir a todos, se puso de
rodillas y oró. Luego, volviéndose hacia el cuerpo,
dijo: Tabita, levántate. Ella abrió los ojos, y al ver
a Pedro, se sentó.
41 Pedro le dio la mano y la levantó. Luego
llamó a los santos y a las viudas, y la presentó
viva.
42 Esto llegó a saberse por todo Jope, y muchos
creyeron en el Señor.
43 Pedro se quedó muchos días en Jope, en casa
de un hombre llamado Simón, curtidor.

10

1 Había en Cesarea un hombre llamado
Cornelio, centurión de la compañía llamada la
Italiana.
2 Era piadoso y temeroso de Dios con toda su
casa. Daba muchas limosnas al pueblo y oraba a
Dios constantemente.
3 Como a la hora novena del día, vio claramente
en una visión a un ángel de Dios que entraba a
donde él estaba y le decía: Cornelio.
4 Cornelio lo miró fijamente y, lleno de temor,
dijo: ¿Qué es, Señor? El ángel le dijo: Tus oraciones
y tus limosnas han subido delante de Dios como
memorial.
5 Ahora envía hombres a Jope y manda llamar a
Simón, que también se llama Pedro.
6 Él se hospeda con un hombre llamado Simón,
curtidor, que tiene su casa junto al mar.
7 Cuando se fue el ángel que hablaba con
Cornelio, este llamó a dos de sus siervos y a un
soldado piadoso de los que siempre lo servían.
8 Después de contarles todo, los envió a Jope.
9 Al día siguiente, mientras ellos iban por el
camino y se acercaban a la ciudad, Pedro subió a
la azotea para orar, como a la hora sexta.
10 Tuvo hambre y quería comer; pero mientras
le preparaban algo, le sobrevino un éxtasis.
11 Vio el cielo abierto y algo como un gran
lienzo que descendía hacia la tierra, sostenido
por sus cuatro puntas.
12 En él había toda clase de animales
cuadrúpedos de la tierra, fieras, reptiles y aves del
cielo.

13 Entonces vino a él una voz: Levántate, Pedro;
mata y come.
14 Pero Pedro dijo: No, Señor; porque nunca he
comido nada común o impuro.
15 La voz le habló por segunda vez: Lo que Dios
limpió, no lo llames tú impuro.
16 Esto sucedió tres veces, y luego el lienzo fue
llevado otra vez al cielo.
17 Mientras Pedro estaba perplejo,
preguntándose qué significaría la visión que había
visto, los hombres enviados por Cornelio
llegaron a la puerta, después de preguntar por la
casa de Simón.
18 Llamaron y preguntaron si Simón, llamado
Pedro, se hospedaba allí.
19 Mientras Pedro seguía pensando en la visión,
el Espíritu le dijo: Mira, tres hombres te buscan.
20 Levántate, baja y ve con ellos sin dudar,
porque yo los he enviado.
21 Entonces Pedro bajó a donde estaban los
hombres y les dijo: Yo soy el que buscan. ¿Por qué
han venido?
22 Ellos dijeron: Cornelio, el centurión, hombre
justo y temeroso de Dios, que tiene buen
testimonio de toda la nación de los judíos, recibió
instrucción de un santo ángel para mandarte
llamar a su casa y oír tus palabras.
23 Entonces Pedro los hizo entrar y los hospedó.
Al día siguiente se levantó y fue con ellos; también
fueron con él algunos de los hermanos de Jope.
24 Al otro día entraron en Cesarea. Cornelio los
estaba esperando, y había reunido a sus
parientes y amigos cercanos.

25 Cuando Pedro entró, Cornelio salió a
recibirlo, se postró a sus pies y lo adoró.
26 Pero Pedro lo levantó, diciendo: Levántate.
Yo también soy hombre.
27 Mientras hablaba con él, entró y encontró a
muchos reunidos.
28 Les dijo: Ustedes saben que a un judío no le
está permitido juntarse o acercarse a un
extranjero. Pero Dios me ha mostrado que no
debo llamar impuro o inmundo a ningún
hombre.
29 Por eso vine sin poner objeción cuando fui
llamado. Ahora pregunto: ¿Por qué me
mandaron llamar?
30 Cornelio dijo: Hace cuatro días, yo estaba
ayunando y orando en mi casa a esta misma hora,
la hora novena. Entonces se presentó delante de
mí un hombre con ropa resplandeciente,
31 y dijo: Cornelio, tu oración ha sido
escuchada, y tus limosnas han sido recordadas
delante de Dios.
32 Envía, pues, a Jope y manda llamar a Simón,
que también se llama Pedro. Él se hospeda en
casa de Simón el curtidor, junto al mar. Cuando
venga, te hablará.
33 Por eso envié por ti enseguida, y tú has hecho
bien en venir. Ahora todos estamos aquí delante
de Dios para oír todo lo que el Señor te ha
mandado decir.
34 Entonces Pedro abrió la boca y dijo: En
verdad comprendo que Dios no hace diferencia
entre las personas,

35 sino que en toda nación se agrada del que le
teme y hace justicia.
36 Dios envió su palabra a los hijos de Israel,
anunciando las buenas noticias de paz por medio
de Jesucristo, quien es Señor de todos.
37 Ustedes saben lo que se divulgó por toda
Judea, comenzando desde Galilea, después del
bautismo que Juan predicó:
38 cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con
poder a Jesús de Nazaret; y cómo él anduvo
haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos
por el diablo, porque Dios estaba con él.
39 Nosotros somos testigos de todas las cosas
que hizo en la tierra de los judíos y en Jerusalén.
A él lo mataron colgándolo en un madero.
40 Pero Dios lo resucitó al tercer día e hizo que
se manifestara,
41 no a todo el pueblo, sino a los testigos que
Dios había escogido de antemano, a nosotros, que
comimos y bebimos con él después de que
resucitó de entre los muertos.
42 Él nos mandó predicar al pueblo y dar
testimonio de que Dios lo ha puesto como Juez de
vivos y muertos.
43 De él dan testimonio todos los profetas, que
todo el que cree en él recibe perdón de pecados
por medio de su nombre.
44 Mientras Pedro todavía decía estas palabras,
el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían la
palabra.
45 Los creyentes de la circuncisión que habían
venido con Pedro quedaron asombrados de que

el don del Espíritu Santo fuera derramado también sobre los gentiles,
46 porque los oían hablar en otros idiomas y
glorificar a Dios. Entonces Pedro dijo:
47 ¿Puede alguien negar el agua para que sean
bautizados estos que han recibido el Espíritu
Santo igual que nosotros?
48 Y mandó que fueran bautizados en el
nombre de Jesucristo. Entonces le rogaron que se
quedara con ellos algunos días.

11

1 Los apóstoles y los hermanos que estaban en
Judea oyeron que también los gentiles habían
recibido la palabra de Dios.
2 Cuando Pedro subió a Jerusalén, los de la
circuncisión discutían con él,
3 diciendo: Entraste en casa de hombres
incircuncisos y comiste con ellos.
4 Pero Pedro comenzó a explicarles todo en
orden, diciendo:
5 Yo estaba en la ciudad de Jope orando, y en
éxtasis vi una visión: algo como un gran lienzo
descendía del cielo, sostenido por sus cuatro
puntas, y venía hasta mí.
6 Al mirarlo con atención, vi cuadrúpedos de la
tierra, fieras, reptiles y aves del cielo.
7 También oí una voz que me decía: Levántate,
Pedro; mata y come.
8 Pero dije: No, Señor, porque nunca entró en
mi boca nada común o impuro.
9 La voz me respondió por segunda vez desde el
cielo: Lo que Dios limpió, no lo llames tú impuro.

10 Esto sucedió tres veces, y todo fue llevado de
nuevo al cielo.
11 En ese momento llegaron tres hombres a la
casa donde yo estaba. Habían sido enviados a mí
desde Cesarea.
12 El Espíritu me dijo que fuera con ellos sin
dudar. También fueron conmigo estos seis
hermanos, y entramos en la casa de aquel
hombre.
13 Él nos contó cómo había visto en su casa a un
ángel de pie, que le dijo: Envía hombres a Jope y
manda llamar a Simón, que también se llama
Pedro.
14 Él te hablará palabras por las cuales serás
salvo tú y toda tu casa.
15 Cuando comencé a hablar, el Espíritu Santo
cayó sobre ellos, como sobre nosotros al
principio.
16 Entonces recordé la palabra del Señor,
cuando dijo: Juan ciertamente bautizó con agua,
pero ustedes serán bautizados con el Espíritu
Santo.
17 Si Dios les dio a ellos el mismo don que a
nosotros, cuando creyeron en el Señor Jesucristo,
¿quién era yo para oponerme a Dios?
18 Al oír estas cosas, se callaron y glorificaron a
Dios, diciendo: Entonces también a los gentiles
ha dado Dios arrepentimiento para vida.
19 Los que habían sido dispersados por la
persecución que vino por causa de Esteban
llegaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía,
anunciando la palabra solo a los judíos.

20 Pero algunos de ellos, hombres de Chipre y
de Cirene, al llegar a Antioquía, hablaron
también a los griegos, anunciando las buenas
noticias del Señor Jesús.
21 La mano del Señor estaba con ellos, y un gran
número creyó y se convirtió al Señor.
22 La noticia de estas cosas llegó a oídos de la
iglesia que estaba en Jerusalén, y enviaron a
Bernabé hasta Antioquía.
23 Cuando él llegó y vio la gracia de Dios, se
alegró y exhortó a todos a permanecer fieles al
Señor con firmeza de corazón.
24 Porque Bernabé era un hombre bueno, lleno
del Espíritu Santo y de fe. Y una gran multitud fue
añadida al Señor.
25 Después Bernabé fue a Tarso para buscar a
Saulo.
26 Cuando lo encontró, lo llevó a Antioquía.
Durante todo un año se reunieron con la iglesia y
enseñaron a mucha gente. Y a los discípulos se les
llamó cristianos por primera vez en Antioquía.
27 En aquellos días, unos profetas descendieron
de Jerusalén a Antioquía.
28 Uno de ellos, llamado Agabo, se levantó y
anunció por el Espíritu que habría una gran
hambre en toda la tierra. Esto sucedió en tiempos
de Claudio.
29 Entonces los discípulos decidieron enviar
ayuda a los hermanos que vivían en Judea, cada
uno según lo que pudiera dar.
30 Así lo hicieron, enviándola a los ancianos por
mano de Bernabé y Saulo.

12

1 Por aquel tiempo, el rey Herodes comenzó a
maltratar a algunos de la iglesia.
2 Mandó matar a espada a Jacobo, hermano de
Juan.
3 Al ver que esto agradaba a los judíos, también
arrestó a Pedro. Eran los días de los panes sin
levadura.
4 Después de arrestarlo, lo metió en la cárcel y lo
entregó a cuatro grupos de cuatro soldados para
que lo vigilaran. Quería presentarlo al pueblo
después de la Pascua.
5 Así que Pedro estaba guardado en la cárcel,
pero la iglesia oraba a Dios por él sin cesar.
6 La noche antes de que Herodes lo sacara,
Pedro dormía entre dos soldados, atado con dos
cadenas; y los guardias vigilaban la puerta de la
cárcel.
7 De repente se presentó un ángel del Señor, y
una luz resplandeció en la celda. El ángel tocó a
Pedro en el costado, lo despertó y le dijo:
Levántate pronto. Y las cadenas cayeron de sus
manos.
8 El ángel le dijo: Ponte el cinturón y las
sandalias. Él lo hizo. Luego le dijo: Ponte el
manto y sígueme.
9 Pedro salió y lo seguía, pero no sabía que era
real lo que hacía el ángel. Pensaba que veía una
visión.
10 Pasaron la primera y la segunda guardia, y
llegaron a la puerta de hierro que daba a la
ciudad. La puerta se les abrió por sí sola.

Salieron, avanzaron por una calle, y enseguida el
ángel se apartó de él.
11 Cuando Pedro volvió en sí, dijo: Ahora sé en
verdad que el Señor envió a su ángel y me libró de
la mano de Herodes y de todo lo que el pueblo
judío esperaba.
12 Al darse cuenta de esto, fue a la casa de
María, madre de Juan, llamado Marcos, donde
muchos estaban reunidos orando.
13 Cuando Pedro llamó a la puerta de la
entrada, salió a atender una muchacha llamada
Rode.
14 Al reconocer la voz de Pedro, de tanta alegría
no abrió la puerta, sino que corrió adentro y
anunció que Pedro estaba a la puerta.
15 Ellos le dijeron: Estás loca. Pero ella insistía
en que era cierto. Entonces dijeron: Es su ángel.
16 Pero Pedro seguía llamando. Cuando
abrieron y lo vieron, quedaron asombrados.
17 Él les hizo señas con la mano para que
guardaran silencio, y les contó cómo el Señor lo
había sacado de la cárcel. Luego dijo: Cuenten
esto a Jacobo y a los hermanos. Después salió y se
fue a otro lugar.
18 Cuando amaneció, hubo gran confusión
entre los soldados sobre qué habría pasado con
Pedro.
19 Herodes lo buscó y no lo encontró. Después
de interrogar a los guardias, mandó que los
ejecutaran. Luego Herodes bajó de Judea a
Cesarea y se quedó allí.
20 Herodes estaba muy enojado contra los de
Tiro y Sidón. Pero ellos vinieron a él de común

acuerdo, y después de ganarse el favor de Blasto,
el encargado de la casa del rey, pidieron paz,
porque su región recibía alimento de la del rey.
21 En un día señalado, Herodes se vistió con ropa
real, se sentó en el tribunal y les dio un discurso.
22 El pueblo gritaba: ¡Voz de un dios, y no de un
hombre!
23 Al instante, un ángel del Señor lo hirió,
porque no dio gloria a Dios; y murió comido por
gusanos.
24 Pero la palabra de Dios crecía y se
multiplicaba.
25 Bernabé y Saulo volvieron de Jerusalén
después de cumplir su servicio, llevando consigo
a Juan, llamado Marcos.

13

1 En la iglesia que estaba en Antioquía había
profetas y maestros: Bernabé, Simón llamado
Niger, Lucio de Cirene, Manaén, que se había
criado con Herodes el tetrarca, y Saulo.
2 Mientras ministraban al Señor y ayunaban, el
Espíritu Santo dijo: Aparten para mí a Bernabé y
a Saulo para la obra a la que los he llamado.
3 Entonces, después de ayunar y orar, les
impusieron las manos y los despidieron.
4 Así, enviados por el Espíritu Santo,
descendieron a Seleucia, y de allí navegaron a
Chipre.
5 Cuando llegaron a Salamina, anunciaban la
palabra de Dios en las sinagogas de los judíos.
También tenían a Juan como ayudante.

6 Después de recorrer toda la isla hasta Pafos,
encontraron a cierto mago, falso profeta judío,
llamado Barjesús.
7 Este estaba con el procónsul Sergio Paulo,
hombre inteligente. Sergio Paulo mandó llamar a
Bernabé y a Saulo, porque deseaba oír la palabra
de Dios.
8 Pero Elimas el mago, pues así se traduce su
nombre, se les oponía, procurando apartar de la
fe al procónsul.
9 Entonces Saulo, que también se llama Pablo,
lleno del Espíritu Santo, fijó los ojos en él
10 y dijo: ¡Hijo del diablo, lleno de todo engaño y
de toda maldad, enemigo de toda justicia! ¿No
dejarás de torcer los caminos rectos del Señor?
11 Ahora, mira, la mano del Señor está contra ti.
Quedarás ciego y no verás el sol por un tiempo. Al
instante cayeron sobre él oscuridad y tinieblas, y
andaba buscando quien lo guiara de la mano.
12 Entonces el procónsul, al ver lo que había
sucedido, creyó, maravillado de la enseñanza del
Señor.
13 Pablo y sus compañeros zarparon de Pafos y
llegaron a Perge de Panfilia. Pero Juan se apartó
de ellos y volvió a Jerusalén.
14 Ellos, pasando de Perge, llegaron a Antioquía
de Pisidia. Entraron en la sinagoga el día de
reposo y se sentaron.
15 Después de la lectura de la Ley y de los
Profetas, los dirigentes de la sinagoga les
mandaron decir: Hermanos, si tienen alguna
palabra de exhortación para el pueblo, hablen.

16 Entonces Pablo se levantó, hizo señal con la
mano y dijo: Varones de Israel, y ustedes que
temen a Dios, escuchen.
17 El Dios de este pueblo de Israel escogió a
nuestros padres, engrandeció al pueblo cuando
vivían como extranjeros en la tierra de Egipto, y
con brazo levantado los sacó de allí.
18 Durante unos cuarenta años soportó su
conducta en el desierto.
19 Después de destruir siete naciones en la
tierra de Canaán, les dio esa tierra como herencia.
20 Después de esto, por unos cuatrocientos
cincuenta años, les dio jueces hasta el profeta
Samuel.
21 Luego pidieron un rey, y Dios les dio a Saúl,
hijo de Cis, hombre de la tribu de Benjamín, por
cuarenta años.
22 Después de quitarlo, les levantó por rey a
David, de quien dio testimonio diciendo: He
hallado a David, hijo de Isaí, hombre conforme a
mi corazón, quien hará toda mi voluntad.
23 De la descendencia de David, conforme a su
promesa, Dios levantó para Israel un Salvador:
Jesús.
24 Antes de su venida, Juan había predicado un
bautismo de arrepentimiento a todo el pueblo de
Israel.
25 Cuando Juan terminaba su carrera, decía:
¿Quién piensan ustedes que soy? Yo no soy él.
Pero después de mí viene uno de quien no soy
digno de desatar las sandalias de sus pies.
26 Hermanos, hijos de la familia de Abraham, y
ustedes que temen a Dios: a nosotros ha sido
enviada la palabra de esta salvación.

27 Porque los que viven en Jerusalén y sus
gobernantes no reconocieron a Jesús, ni
entendieron las palabras de los profetas que se
leen cada día de reposo. Pero al condenarlo,
cumplieron esas palabras.
28 Aunque no encontraron en él ninguna causa
de muerte, pidieron a Pilato que lo matara.
29 Cuando cumplieron todo lo que estaba
escrito acerca de él, lo bajaron del madero y lo
pusieron en un sepulcro.
30 Pero Dios lo resucitó de entre los muertos.
31 Durante muchos días fue visto por los que
habían subido con él de Galilea a Jerusalén,
quienes ahora son sus testigos ante el pueblo.
32 Nosotros les anunciamos las buenas noticias
de la promesa hecha a los padres:
33 Dios la ha cumplido para nosotros, sus hijos,
resucitando a Jesús, como también está escrito en
el Salmo segundo: Tú eres mi Hijo; yo te he
engendrado hoy.
34 Y acerca de que lo resucitó de entre los
muertos para nunca volver a corrupción, Dios
dijo así: Les daré las misericordias santas y
seguras prometidas a David.
35 Por eso también dice en otro Salmo: No
permitirás que tu Santo vea corrupción.
36 Porque David, después de servir al propósito
de Dios en su propia generación, durmió, fue
reunido con sus padres y vio corrupción.
37 Pero aquel a quien Dios resucitó no vio
corrupción.
38 Sepan, pues, hermanos, que por medio de
este Jesús se les anuncia perdón de pecados.

39 Por medio de él, todo el que cree es
justificado de todas las cosas de las que no
pudieron ser justificados por la Ley de Moisés.
40 Tengan cuidado, pues, para que no les
suceda lo que fue dicho por los profetas:
41 Miren, burladores, asómbrense y
desaparezcan, porque yo hago una obra en sus
días, una obra que ustedes no creerán, aunque
alguien se la cuente.
42 Cuando los judíos salieron de la sinagoga, los
gentiles les rogaron que el siguiente día de reposo
se les hablaran estas mismas palabras.
43 Cuando terminó la reunión, muchos de los
judíos y de los prosélitos piadosos siguieron a
Pablo y a Bernabé. Ellos les hablaban y los
animaban a permanecer en la gracia de Dios.
44 El siguiente día de reposo, casi toda la ciudad
se reunió para oír la palabra de Dios.
45 Pero cuando los judíos vieron la multitud, se
llenaron de celos y contradecían lo que Pablo
decía, hablando en contra y blasfemando.
46 Entonces Pablo y Bernabé hablaron con
valentía y dijeron: Era necesario que la palabra
de Dios se les hablara primero a ustedes. Pero ya
que la rechazan y no se consideran dignos de la
vida eterna, ahora nos volvemos a los gentiles.
47 Porque así nos ha mandado el Señor: Te he
puesto como luz para los gentiles, para que lleves
salvación hasta lo último de la tierra.
48 Cuando los gentiles oyeron esto, se alegraron
y glorificaban la palabra del Señor. Y creyeron
todos los que estaban ordenados para vida
eterna.

49 La palabra del Señor se difundía por toda
aquella región.
50 Pero los judíos incitaron a las mujeres
piadosas y distinguidas, y a los principales de la
ciudad. Levantaron persecución contra Pablo y
Bernabé, y los expulsaron de su región.
51 Entonces ellos sacudieron contra ellos el
polvo de sus pies y fueron a Iconio.
52 Y los discípulos estaban llenos de alegría y del
Espíritu Santo.

14

1 En Iconio, Pablo y Bernabé entraron juntos en
la sinagoga de los judíos y hablaron de tal manera
que creyó una gran multitud de judíos y de
griegos.
2 Pero los judíos que no creyeron alborotaron y
pusieron en contra de los hermanos el ánimo de
los gentiles.
3 Con todo, se quedaron allí mucho tiempo,
hablando con valentía en el Señor. Él daba
testimonio de la palabra de su gracia,
concediendo que se hicieran señales y maravillas
por medio de sus manos.
4 Pero la gente de la ciudad estaba dividida:
unos estaban con los judíos, y otros con los
apóstoles.
5 Cuando los gentiles y los judíos, junto con sus
gobernantes, intentaron maltratarlos y
apedrearlos,
6 ellos se dieron cuenta y huyeron a Listra y
Derbe, ciudades de Licaonia, y a la región de
alrededor.

7 Allí siguieron anunciando las buenas noticias.
8 En Listra había un hombre sentado, inválido
de los pies. Era cojo desde el vientre de su madre
y nunca había caminado.
9 Este hombre oyó hablar a Pablo. Pablo fijó los
ojos en él, y al ver que tenía fe para ser sanado,
10 dijo a gran voz: Levántate derecho sobre tus
pies. Entonces él saltó y comenzó a caminar.
11 Cuando la gente vio lo que Pablo había
hecho, alzó la voz en lengua licaónica, diciendo:
Los dioses han bajado a nosotros en forma de
hombres.
12 A Bernabé lo llamaban Zeus, y a Pablo,
Hermes, porque él era el que llevaba la palabra.
13 El sacerdote de Zeus, cuyo templo estaba
frente a la ciudad, trajo toros y guirnaldas a las
puertas, y quería ofrecer sacrificios junto con la
gente.
14 Cuando los apóstoles Bernabé y Pablo oyeron
esto, rasgaron sus ropas y se lanzaron entre la
multitud, gritando:
15 Señores, ¿por qué hacen esto? Nosotros
también somos hombres, con la misma
naturaleza que ustedes. Les anunciamos las
buenas noticias para que se aparten de estas
cosas vanas y se vuelvan al Dios vivo, que hizo el
cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos.
16 En las generaciones pasadas, Dios permitió
que todas las naciones anduvieran en sus
propios caminos.
17 Sin embargo, no se dejó a sí mismo sin
testimonio, porque hizo el bien, dándoles lluvias

del cielo y tiempos de cosecha, llenando sus
corazones de alimento y alegría.
18 Aun diciendo estas cosas, apenas lograron
impedir que la gente les ofreciera sacrificio.
19 Entonces llegaron unos judíos de Antioquía y
de Iconio. Convencieron a la multitud,
apedrearon a Pablo y lo arrastraron fuera de la
ciudad, pensando que estaba muerto.
20 Pero cuando los discípulos lo rodearon, él se
levantó y entró en la ciudad. Al día siguiente salió
con Bernabé hacia Derbe.
21 Después de anunciar las buenas noticias en
aquella ciudad y hacer muchos discípulos,
volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía.
22 Fortalecían el ánimo de los discípulos,
exhortándolos a permanecer en la fe, y diciendo:
Es necesario que pasemos por muchas
tribulaciones para entrar en el reino de Dios.
23 Después de nombrar ancianos para ellos en
cada iglesia, oraron con ayunos y los
encomendaron al Señor, en quien habían creído.
24 Luego pasaron por Pisidia y llegaron a
Panfilia.
25 Después de predicar la palabra en Perge,
descendieron a Atalia.
26 De allí navegaron a Antioquía, desde donde
habían sido encomendados a la gracia de Dios
para la obra que habían cumplido.
27 Cuando llegaron y reunieron a la iglesia,
contaron todo lo que Dios había hecho por medio
de ellos, y cómo había abierto a los gentiles la
puerta de la fe.

28 Y se quedaron mucho tiempo con los
discípulos.

15

1 Algunos hombres que descendieron de Judea
enseñaban a los hermanos: Si no se circuncidan
conforme a la costumbre de Moisés, no pueden
ser salvos.
2 Como Pablo y Bernabé tuvieron una fuerte
discusión y debate con ellos, los hermanos
decidieron que Pablo, Bernabé y algunos otros
subieran a Jerusalén, a los apóstoles y ancianos,
para tratar esta cuestión.
3 Entonces, enviados por la iglesia, pasaron por
Fenicia y Samaria, contando la conversión de los
gentiles. Y causaban gran alegría a todos los
hermanos.
4 Cuando llegaron a Jerusalén, fueron recibidos
por la iglesia, los apóstoles y los ancianos. Les
contaron todo lo que Dios había hecho por medio
de ellos.
5 Pero algunos de la secta de los fariseos que
habían creído se levantaron y dijeron: Es
necesario circuncidarlos y mandarles que
guarden la Ley de Moisés.
6 Entonces los apóstoles y los ancianos se
reunieron para considerar este asunto.
7 Después de mucha discusión, Pedro se levantó
y les dijo: Hermanos, ustedes saben que desde los
primeros días Dios escogió entre nosotros que los
gentiles oyeran por mi boca la palabra de las
buenas noticias y creyeran.

8 Dios, que conoce los corazones, dio testimonio
a favor de ellos, dándoles el Espíritu Santo igual
que a nosotros.
9 No hizo ninguna diferencia entre ellos y
nosotros, pues purificó sus corazones por la fe.
10 Ahora pues, ¿por qué ponen a prueba a Dios,
poniendo sobre el cuello de los discípulos un yugo
que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido
llevar?
11 Más bien, creemos que somos salvos por la
gracia del Señor Jesús, de la misma manera que
ellos.
12 Entonces toda la multitud guardó silencio, y
escuchaban a Bernabé y a Pablo contar cuántas
señales y maravillas Dios había hecho entre los
gentiles por medio de ellos.
13 Cuando terminaron de hablar, Jacobo
respondió: Hermanos, escúchenme.
14 Simón ha contado cómo Dios visitó por
primera vez a los gentiles para tomar de ellos un
pueblo para su nombre.
15 Con esto concuerdan las palabras de los
profetas, como está escrito:
16 Después de esto volveré y reconstruiré el
tabernáculo caído de David. Reconstruiré sus
ruinas y lo levantaré de nuevo,
17 para que el resto de los hombres busque al
Señor, y todos los gentiles sobre quienes es
invocado mi nombre,
18 dice el Señor, que hace conocer estas cosas
desde tiempos antiguos.
19 Por eso, mi juicio es que no molestemos a los
gentiles que se convierten a Dios,

20 sino que les escribamos que se aparten de las
cosas contaminadas por los ídolos, de la
inmoralidad sexual, de lo estrangulado y de la
sangre.
21 Porque Moisés, desde tiempos antiguos, tiene
en cada ciudad quienes lo predican, pues se lee
en las sinagogas cada día de reposo.
22 Entonces pareció bien a los apóstoles, a los
ancianos y a toda la iglesia escoger de entre ellos
a algunos hombres y enviarlos a Antioquía con
Pablo y Bernabé: Judas, llamado Barsabás, y
Silas, hombres principales entre los hermanos.
23 Por medio de ellos enviaron esta carta: Los
apóstoles, los ancianos y los hermanos, a los
hermanos gentiles que están en Antioquía, Siria y
Cilicia: Saludos.
24 Hemos sabido que algunos que salieron de
entre nosotros los han turbado con palabras,
inquietando sus almas y diciendo que deben
circuncidarse y guardar la Ley. A ellos no les
dimos tal orden.
25 Por eso nos pareció bien, habiendo llegado a
un acuerdo, escoger hombres y enviarlos a
ustedes con nuestros amados Bernabé y Pablo,
26 hombres que han arriesgado sus vidas por el
nombre de nuestro Señor Jesucristo.
27 Así que enviamos a Judas y a Silas, quienes
también les dirán lo mismo de palabra.
28 Porque pareció bien al Espíritu Santo y a
nosotros no imponerles ninguna carga más que
estas cosas necesarias:
29 que se abstengan de lo ofrecido a ídolos, de
sangre, de animales estrangulados y de

inmoralidad sexual. Si se guardan de estas cosas,
harán bien. Que les vaya bien.

30 Entonces ellos fueron enviados y
descendieron a Antioquía. Reunieron a la
multitud y entregaron la carta.

31 Cuando la leyeron, se alegraron por la
consolación.

32 Judas y Silas, que también eran profetas,
exhortaron y fortalecieron a los hermanos con
muchas palabras.

33 Después de pasar allí algún tiempo, fueron
despedidos en paz por los hermanos para volver
a los que los habían enviado.

34 Pero a Silas le pareció bien quedarse allí.

35 Pablo y Bernabé se quedaron en Antioquía,
enseñando y anunciando con muchos otros la
palabra del Señor.

36 Después de algunos días, Pablo dijo a
Bernabé: Volvamos a visitar a los hermanos en
cada ciudad donde hemos anunciado la palabra
del Señor, para ver cómo están.

37 Bernabé quería llevar también a Juan,
llamado Marcos.

38 Pero a Pablo no le parecía bien llevar al que
se había apartado de ellos en Panfilia y no había
ido con ellos a la obra.

39 Entonces hubo tal desacuerdo entre ellos
que se separaron. Bernabé tomó a Marcos y
navegó a Chipre.

40 Pero Pablo escogió a Silas y salió,
encomendado por los hermanos a la gracia de
Dios.

41 Pasó por Siria y Cilicia, fortaleciendo a las
iglesias.

16

1 Pablo llegó también a Derbe y a Listra. Allí
había un discípulo llamado Timoteo, hijo de una
mujer judía creyente, pero de padre griego.
2 Los hermanos de Listra e Iconio daban buen
testimonio de él.
3 Pablo quiso que Timoteo fuera con él. Por
causa de los judíos que estaban en aquellos
lugares, lo circuncidó, porque todos sabían que su
padre era griego.
4 Al pasar por las ciudades, entregaban a los
creyentes las decisiones tomadas por los
apóstoles y los ancianos en Jerusalén, para que las
guardaran.
5 Así las iglesias eran fortalecidas en la fe y
aumentaban en número cada día.
6 Pasaron por la región de Frigia y Galacia,
porque el Espíritu Santo no les permitió anunciar
la palabra en Asia.
7 Cuando llegaron cerca de Misia, intentaron ir
a Bitinia, pero el Espíritu de Jesús no se lo
permitió.
8 Entonces pasaron de largo por Misia y
descendieron a Troas.
9 Durante la noche, Pablo tuvo una visión. Un
hombre de Macedonia estaba de pie, rogándole:
Pasa a Macedonia y ayúdanos.
10 Cuando Pablo vio la visión, enseguida
procuramos ir a Macedonia, entendiendo que
Dios nos llamaba a anunciarles las buenas
noticias.

11 Saliendo de Troas, navegamos directamente
a Samotracia, y al día siguiente a Neápolis.
12 De allí fuimos a Filipos, que es una ciudad
principal de aquella parte de Macedonia y una
colonia romana. Nos quedamos allí algunos días.
13 El día de reposo salimos fuera de la ciudad,
junto al río, donde pensábamos que habría un
lugar de oración. Nos sentamos y hablamos con
las mujeres que se habían reunido.
14 Una mujer llamada Lidia, vendedora de
púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a
Dios, nos escuchaba. El Señor abrió su corazón
para que prestara atención a lo que Pablo decía.
15 Después de ser bautizada ella y su familia,
nos rogó: Si ustedes me consideran fiel al Señor,
entren en mi casa y quédense allí. Y nos
convenció.
16 Sucedió que, mientras íbamos al lugar de
oración, nos salió al encuentro una muchacha
que tenía un espíritu de adivinación. Ella daba
mucha ganancia a sus amos adivinando.
17 La muchacha seguía a Pablo y a nosotros,
gritando: Estos hombres son siervos del Dios
Altísimo, y les anuncian el camino de salvación.
18 Esto lo hizo durante muchos días. Pero Pablo,
muy molesto, se volvió y dijo al espíritu: Te
mando en el nombre de Jesucristo que salgas de
ella. Y salió en ese mismo momento.
19 Cuando sus amos vieron que se les había ido
la esperanza de ganar dinero, tomaron a Pablo y
a Silas y los arrastraron a la plaza, ante las
autoridades.

20 Los presentaron ante los magistrados y
dijeron: Estos hombres, siendo judíos, están
alborotando nuestra ciudad.
21 Enseñan costumbres que no nos es permitido
aceptar ni practicar, porque somos romanos.
22 Entonces la multitud se levantó contra ellos.
Los magistrados mandaron quitarles la ropa y
azotarlos con varas.
23 Después de darles muchos golpes, los
echaron en la cárcel y ordenaron al carcelero que
los guardara con mucha seguridad.
24 Al recibir esta orden, el carcelero los metió
en la celda más profunda y les sujetó los pies en el
cepo.
25 Como a la medianoche, Pablo y Silas estaban
orando y cantando himnos a Dios, y los presos los
escuchaban.
26 De repente hubo un gran terremoto, de
modo que los cimientos de la cárcel fueron
sacudidos. Al instante se abrieron todas las
puertas, y las cadenas de todos se soltaron.
27 El carcelero despertó y vio abiertas las
puertas de la cárcel. Entonces sacó la espada y
estaba a punto de matarse, pensando que los
presos habían escapado.
28 Pero Pablo gritó con voz fuerte: No te hagas
daño, porque todos estamos aquí.
29 El carcelero pidió una luz, entró corriendo y,
temblando, se postró delante de Pablo y Silas.
30 Luego los sacó y les dijo: Señores, ¿qué debo
hacer para ser salvo?
31 Ellos respondieron: Cree en el Señor
Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa.

32 Entonces le hablaron la palabra del Señor a él
y a todos los que estaban en su casa.
33 En esa misma hora de la noche, el carcelero
los tomó y les lavó las heridas. Enseguida fueron
bautizados él y todos los suyos.
34 Luego los llevó a su casa, les puso comida
delante y se alegró mucho con toda su familia,
porque había creído en Dios.
35 Cuando se hizo de día, los magistrados
enviaron a los oficiales a decir: Suelten a esos
hombres.
36 El carcelero informó a Pablo: Los
magistrados han mandado que los suelten. Así
que salgan ahora y vayan en paz.
37 Pero Pablo les dijo: Nos azotaron
públicamente sin juicio, siendo ciudadanos
romanos, y nos echaron en la cárcel. ¿Ahora nos
quieren sacar en secreto? ¡No! Que vengan ellos
mismos y nos saquen.
38 Los oficiales comunicaron estas palabras a
los magistrados. Ellos tuvieron miedo al oír que
eran ciudadanos romanos.
39 Entonces vinieron, les rogaron que salieran,
los sacaron y les pidieron que se fueran de la
ciudad.
40 Al salir de la cárcel, Pablo y Silas fueron a la
casa de Lidia. Allí vieron a los hermanos, los
animaron y se fueron.

17

1 Pasando por Anfípolis y Apolonia, llegaron a
Tesalónica, donde había una sinagoga de los
judíos.

2 Pablo, como acostumbraba, entró a ellos, y
por tres días de reposo razonó con ellos usando
las Escrituras.
3 Les explicaba y demostraba que era necesario
que el Cristo padeciera y resucitara de entre los
muertos. Les decía: Este Jesús, a quien yo les
anuncio, es el Cristo.
4 Algunos de ellos creyeron y se unieron a
Pablo y a Silas; también una gran multitud de
griegos temerosos de Dios, y no pocas mujeres
importantes.
5 Pero los judíos que no creyeron tuvieron
envidia. Tomaron a algunos hombres malos de la
plaza, juntaron una multitud y alborotaron la
ciudad. Atacaron la casa de Jasón, procurando
sacar a Pablo y a Silas ante el pueblo.
6 Como no los encontraron, arrastraron a Jasón
y a algunos hermanos ante las autoridades de la
ciudad, gritando: Estos que han alborotado el
mundo entero también han venido acá.
7 Jasón los ha recibido, y todos ellos actúan
contra los decretos de César, diciendo que hay
otro rey: Jesús.
8 Al oír estas cosas, la multitud y las
autoridades de la ciudad se turbaron.
9 Pero después de recibir fianza de Jasón y de
los demás, los dejaron ir.
10 Enseguida, de noche, los hermanos enviaron
a Pablo y a Silas a Berea. Cuando llegaron,
entraron en la sinagoga de los judíos.
11 Estos eran más nobles que los de Tesalónica,
porque recibieron la palabra con toda

disposición y examinaban cada día las Escrituras
para ver si estas cosas eran así.
12 Por eso muchos de ellos creyeron, y también
mujeres griegas distinguidas y no pocos
hombres.
13 Pero cuando los judíos de Tesalónica supieron
que Pablo anunciaba la palabra de Dios también
en Berea, fueron allá y alborotaron a la gente.
14 Entonces los hermanos enviaron enseguida
a Pablo hacia el mar, pero Silas y Timoteo se
quedaron allí.
15 Los que acompañaban a Pablo lo llevaron
hasta Atenas. Luego recibieron de él la orden de
que Silas y Timoteo vinieran a él lo más pronto
posible, y regresaron.
16 Mientras Pablo los esperaba en Atenas, su
espíritu se entristecía al ver la ciudad llena de
ídolos.
17 Por eso discutía en la sinagoga con los judíos
y con los que adoraban a Dios, y cada día en la
plaza con los que se encontraban allí.
18 Algunos filósofos epicúreos y estoicos
discutían con él. Unos decían: ¿Qué querrá decir
este charlatán? Otros decían: Parece que anuncia
dioses extranjeros, porque les predicaba a Jesús y
la resurrección.
19 Entonces lo tomaron y lo llevaron al
Areópago, diciendo: ¿Podemos saber cuál es esta
nueva enseñanza de la que hablas?
20 Porque traes a nuestros oídos cosas extrañas,
y queremos saber qué significan.

21 Todos los atenienses y los extranjeros que vivían allí no ocupaban su tiempo en otra cosa
sino en decir o escuchar algo nuevo.
22 Entonces Pablo, de pie en medio del
Areópago, dijo: Hombres de Atenas, veo que
ustedes son muy religiosos en todo.
23 Porque al pasar y mirar sus objetos de
adoración, encontré también un altar con esta
inscripción: AL DIOS NO CONOCIDO. Pues al que
ustedes adoran sin conocerlo, a ese yo les
anuncio.
24 El Dios que hizo el mundo y todo lo que hay
en él, siendo Señor del cielo y de la tierra, no
habita en templos hechos por manos humanas.
25 Tampoco es servido por manos humanas,
como si necesitara algo, pues él da a todos vida,
aliento y todas las cosas.
26 De un solo hombre hizo todas las naciones
humanas, para que vivan sobre toda la faz de la
tierra. También determinó los tiempos señalados
y los límites de los lugares donde habitarían,
27 para que buscaran a Dios, por si de alguna
manera, aunque fuera a tientas, pudieran
encontrarlo. Pero él no está lejos de cada uno de
nosotros.
28 Porque en él vivimos, nos movemos y
existimos, como también algunos de sus poetas
han dicho: Porque también somos descendencia
suya.
29 Siendo, pues, descendencia de Dios, no
debemos pensar que la divinidad sea semejante
al oro, la plata o la piedra, formada por el arte y
la imaginación humana.

30 Dios pasó por alto los tiempos de ignorancia,
pero ahora manda a todos los hombres, en todo
lugar, que se arrepientan.
31 Porque ha fijado un día en el cual juzgará al
mundo con justicia, por medio del hombre que
ha designado. Y dio prueba de esto a todos al
resucitarlo de entre los muertos.
32 Cuando oyeron hablar de la resurrección de
los muertos, algunos se burlaron; pero otros
dijeron: Te escucharemos acerca de esto otra vez.
33 Así Pablo salió de en medio de ellos.
34 Pero algunos hombres se unieron a él y
creyeron. Entre ellos estaban Dionisio el
areopagita, una mujer llamada Dámaris y otros
con ellos.

18

1 Después de estas cosas, Pablo salió de Atenas
y fue a Corinto.
2 Allí encontró a un judío llamado Aquila,
natural del Ponto, que hacía poco había venido de
Italia con su esposa Priscila, porque Claudio
había ordenado que todos los judíos salieran de
Roma. Pablo fue a ellos.
3 Como tenía el mismo oficio, se quedó con ellos
y trabajaban juntos, porque eran fabricantes de
tiendas.
4 Cada día de reposo Pablo discutía en la
sinagoga, y persuadía a judíos y griegos.
5 Cuando Silas y Timoteo descendieron de
Macedonia, Pablo se dedicó por completo a la
palabra, testificando a los judíos que Jesús era el
Cristo.

6 Pero como ellos se oponían y blasfemaban,
Pablo sacudió su ropa y les dijo: Su sangre sea
sobre sus propias cabezas. Yo estoy limpio. Desde
ahora iré a los gentiles.
7 Entonces salió de allí y entró en la casa de un
hombre llamado Justo, que adoraba a Dios. Su
casa estaba junto a la sinagoga.
8 Crispo, el jefe de la sinagoga, creyó en el Señor
con toda su casa. También muchos de los
corintios que oían creían y eran bautizados.
9 Una noche, el Señor dijo a Pablo en una visión:
No tengas miedo. Sigue hablando y no calles,
10 porque yo estoy contigo, y nadie te atacará
para hacerte daño, pues tengo mucho pueblo en
esta ciudad.
11 Pablo se quedó allí un año y seis meses,
enseñando entre ellos la palabra de Dios.
12 Cuando Galión era procónsul de Acaya, los
judíos se levantaron de común acuerdo contra
Pablo y lo llevaron al tribunal,
13 diciendo: Este persuade a la gente a adorar a
Dios de una manera contraria a la Ley.
14 Cuando Pablo estaba a punto de hablar,
Galión dijo a los judíos: Si se tratara de algún
delito o crimen grave, judíos, con razón los
escucharía.
15 Pero si son cuestiones de palabras, nombres
y de su propia Ley, arréglense ustedes. Yo no
quiero ser juez de estas cosas.
16 Y los echó del tribunal.
17 Entonces todos tomaron a Sóstenes, jefe de la
sinagoga, y lo golpearon delante del tribunal.
Pero a Galión nada de esto le importó.

18 Pablo se quedó todavía muchos días. Luego
se despidió de los hermanos y navegó a Siria,
acompañado por Priscila y Aquila. En Cencrea se
había cortado el cabello, porque tenía un voto.
19 Llegaron a Éfeso, y Pablo los dejó allí. Él entró
en la sinagoga y discutió con los judíos.
20 Ellos le pidieron que se quedara más tiempo,
pero no quiso.
21 Se despidió de ellos, diciendo: Volveré a
ustedes, si Dios quiere. Y salió en barco de Éfeso.
22 Cuando llegó a Cesarea, subió y saludó a la
iglesia; luego descendió a Antioquía.
23 Después de pasar allí algún tiempo, salió y
recorrió por orden la región de Galacia y Frigia,
fortaleciendo a todos los discípulos.
24 Llegó a Éfeso un judío llamado Apolos,
natural de Alejandría. Era hombre elocuente y
poderoso en las Escrituras.
25 Había sido instruido en el camino del Señor.
Con espíritu ferviente hablaba y enseñaba con
exactitud acerca de Jesús, aunque solo conocía el
bautismo de Juan.
26 Comenzó a hablar con valentía en la
sinagoga. Cuando Priscila y Aquila lo oyeron, lo
tomaron aparte y le explicaron con más
exactitud el camino de Dios.
27 Como Apolos quería pasar a Acaya, los
hermanos lo animaron y escribieron a los
discípulos para que lo recibieran. Cuando llegó,
ayudó mucho a los que por la gracia habían
creído,

28 porque refutaba con fuerza a los judíos en
público, demostrando por las Escrituras que Jesús
era el Cristo.

19

1 Mientras Apolos estaba en Corinto, Pablo
recorrió las regiones altas y llegó a Éfeso. Allí
encontró a algunos discípulos.
2 Les preguntó: ¿Recibieron el Espíritu Santo
cuando creyeron? Ellos le respondieron: Ni
siquiera hemos oído que haya Espíritu Santo.
3 Pablo les preguntó: Entonces, ¿en qué fueron
bautizados? Ellos dijeron: En el bautismo de
Juan.
4 Pablo dijo: Juan bautizó con bautismo de
arrepentimiento, diciendo al pueblo que
creyeran en aquel que vendría después de él, es
decir, en Jesús.
5 Al oír esto, fueron bautizados en el nombre
del Señor Jesús.
6 Cuando Pablo les impuso las manos, vino
sobre ellos el Espíritu Santo, y hablaban en otros
idiomas y profetizaban.
7 Eran como doce hombres en total.
8 Pablo entró en la sinagoga y habló con
valentía durante tres meses, razonando y
persuadiendo acerca del reino de Dios.
9 Pero algunos se endurecieron y no creyeron,
y hablaban mal del Camino delante de la gente.
Entonces Pablo se apartó de ellos, separó a los
discípulos y discutía cada día en la escuela de
Tirano.

10 Esto continuó durante dos años, de modo que
todos los que vivían en Asia, judíos y griegos,
oyeron la palabra del Señor Jesús.
11 Dios hacía milagros extraordinarios por
medio de Pablo.
12 Hasta llevaban a los enfermos pañuelos o
delantales que habían tocado el cuerpo de Pablo,
y las enfermedades se apartaban de ellos, y los
espíritus malos salían.
13 Pero algunos judíos que andaban expulsando
demonios intentaron invocar el nombre del
Señor Jesús sobre los que tenían espíritus malos,
diciendo: Les mando salir por Jesús, el que Pablo
predica.
14 Los que hacían esto eran siete hijos de
Esceva, un judío, jefe de los sacerdotes.
15 Pero el espíritu malo les respondió: A Jesús
conozco, y sé quién es Pablo; pero ustedes,
¿quiénes son?
16 Entonces el hombre en quien estaba el
espíritu malo saltó sobre ellos, los dominó y pudo
más que ellos, de modo que huyeron de aquella
casa desnudos y heridos.
17 Esto llegó a ser conocido por todos los que
vivían en Éfeso, tanto judíos como griegos. Vino
temor sobre todos ellos, y el nombre del Señor
Jesús era engrandecido.
18 Muchos de los que habían creído venían,
confesando y declarando sus prácticas.
19 También muchos de los que practicaban la
magia juntaron sus libros y los quemaron
delante de todos. Calcularon su valor, y era de
cincuenta mil piezas de plata.

20 Así la palabra del Señor crecía y prevalecía
con poder.
21 Después de estas cosas, Pablo se propuso en
el espíritu pasar por Macedonia y Acaya, e ir a
Jerusalén. Decía: Después de estar allí, también
debo ver Roma.
22 Entonces envió a Macedonia a dos de sus
ayudantes, Timoteo y Erasto, mientras él se
quedó por algún tiempo en Asia.
23 Por aquel tiempo hubo un gran alboroto
acerca del Camino.
24 Porque un platero llamado Demetrio hacía
templecillos de plata de Diana, y daba mucha
ganancia a los artesanos.
25 Él los reunió con otros obreros del mismo
oficio y les dijo: Señores, ustedes saben que de
este trabajo viene nuestra riqueza.
26 Pero ustedes ven y oyen que no solo en Éfeso,
sino casi en toda Asia, este Pablo ha convencido y
apartado a mucha gente, diciendo que no son
dioses los que se hacen con manos.
27 Y hay peligro, no solo de que nuestro oficio
pierda su valor, sino también de que el templo de
la gran diosa Diana sea tenido por nada. Aun la
grandeza de ella, a quien adoran toda Asia y el
mundo, podría ser destruida.
28 Al oír esto, se llenaron de ira y gritaron:
¡Grande es Diana de los efesios!
29 Toda la ciudad se llenó de confusión.
Entonces todos corrieron juntos al teatro,
arrastrando a Gayo y a Aristarco, macedonios,
compañeros de viaje de Pablo.

30 Pablo quería entrar ante la gente, pero los discípulos no se lo permitieron.
31 También algunos de las autoridades de Asia, que eran amigos de Pablo, le enviaron mensaje rogándole que no se presentara en el teatro.
32 Unos gritaban una cosa y otros otra, porque la reunión estaba confundida, y la mayoría ni siquiera sabía por qué se habían juntado.
33 Algunos de la multitud sacaron a Alejandro, empujado por los judíos. Alejandro hizo señal con la mano y quería defenderse ante el pueblo.
34 Pero cuando reconocieron que era judío, todos gritaron a una sola voz por casi dos horas: ¡Grande es Diana de los efesios!
35 Entonces el secretario de la ciudad calmó a la gente y dijo: Hombres de Éfeso, ¿quién no sabe que la ciudad de los efesios es guardiana del templo de la gran Diana y de la imagen caída del cielo?
36 Puesto que estas cosas no se pueden negar, deben calmarse y no hacer nada imprudente.
37 Porque han traído a estos hombres, que no son ladrones de templos ni blasfeman contra nuestra diosa.
38 Si Demetrio y los artesanos que están con él tienen alguna queja contra alguien, los tribunales están abiertos y hay procónsules. Que se acusen unos a otros allí.
39 Pero si buscan algo más, se resolverá en una asamblea legal.
40 Porque corremos peligro de ser acusados de rebelión por lo de hoy, ya que no hay ninguna causa que justifique este alboroto.
41 Después de decir esto, despidió la reunión.

20

1 Después de que cesó el alboroto, Pablo llamó a
los discípulos, los abrazó y los animó. Luego se
despidió y salió hacia Macedonia.
2 Después de recorrer aquellas regiones y
animar mucho a los creyentes, llegó a Grecia.
3 Estuvo allí tres meses. Cuando estaba por
navegar a Siria, los judíos hicieron un plan contra
él; por eso decidió volver por Macedonia.
4 Lo acompañaban hasta Asia Sópater de Berea,
hijo de Pirro; Aristarco y Segundo, de Tesalónica;
Gayo de Derbe; Timoteo; y Tíquico y Trófimo, de
Asia.
5 Estos se adelantaron y nos esperaban en
Troas.
6 Nosotros navegamos desde Filipos después de
los días de los panes sin levadura, y en cinco días
llegamos a Troas, donde ellos estaban. Allí nos
quedamos siete días.
7 El primer día de la semana, cuando los
discípulos se reunieron para partir el pan, Pablo
les habló, porque iba a salir al día siguiente. Y
alargó su discurso hasta la medianoche.
8 Había muchas lámparas en el aposento alto
donde estaban reunidos.
9 Un joven llamado Eutico estaba sentado en la
ventana. Como Pablo seguía hablando por largo
tiempo, Eutico fue vencido por el sueño, cayó
desde el tercer piso y lo levantaron muerto.
10 Entonces Pablo bajó, se echó sobre él, lo
abrazó y dijo: No se alarmen, porque su vida está
en él.

11 Luego subió, partió el pan y comió. Después
habló todavía por mucho tiempo, hasta el
amanecer, y entonces se fue.
12 Llevaron vivo al joven, y fueron
grandemente consolados.
13 Nosotros nos adelantamos en barco y
navegamos a Asón, donde pensábamos recoger a
Pablo. Él así lo había dispuesto, porque quería ir
por tierra.
14 Cuando se reunió con nosotros en Asón, lo
recibimos a bordo y fuimos a Mitilene.
15 Navegando de allí, al día siguiente llegamos
frente a Quío. Al otro día tocamos en Samos,
hicimos escala en Trogilio, y al día siguiente
llegamos a Mileto.
16 Pablo había decidido pasar de largo por
Éfeso, para no detenerse en Asia, porque se
apresuraba para estar en Jerusalén, si le era
posible, el día de Pentecostés.
17 Desde Mileto envió mensaje a Éfeso,
llamando a los ancianos de la iglesia.
18 Cuando ellos llegaron, les dijo: Ustedes saben
cómo he vivido entre ustedes todo el tiempo,
desde el primer día que entré en Asia.
19 He servido al Señor con toda humildad, con
muchas lágrimas y pruebas que me vinieron por
los planes de los judíos.
20 Ustedes saben que no he dejado de
anunciarles nada que fuera útil, enseñándoles
públicamente y de casa en casa.

21 He dado testimonio a judíos y a griegos
acerca del arrepentimiento para con Dios y de la
fe en nuestro Señor Jesucristo.
22 Ahora, miren, voy a Jerusalén obligado en mi
espíritu, sin saber lo que me sucederá allí.
23 Solo sé que el Espíritu Santo me da
testimonio en cada ciudad, diciendo que me
esperan prisiones y tribulaciones.
24 Pero no estimo mi vida como preciosa para
mí mismo, con tal de terminar mi carrera con
gozo y el ministerio que recibí del Señor Jesús:
dar testimonio de las buenas noticias de la gracia
de Dios.
25 Ahora sé que ninguno de ustedes, entre
quienes he pasado predicando el reino de Dios,
volverá a ver mi rostro.
26 Por eso les declaro hoy que estoy limpio de la
sangre de todos.
27 Porque no he dejado de anunciarles todo el
propósito de Dios.
28 Tengan cuidado de ustedes mismos y de todo
el rebaño, en el cual el Espíritu Santo los ha puesto
como supervisores, para pastorear la iglesia de
Dios, la cual él compró con su propia sangre.
29 Yo sé que después de mi partida entrarán
entre ustedes lobos feroces, que no perdonarán
al rebaño.
30 También de entre ustedes mismos se
levantarán hombres que hablarán cosas torcidas,
para arrastrar a los discípulos tras ellos.
31 Por tanto, velen, recordando que por tres
años, de noche y de día, no dejé de amonestar con
lágrimas a cada uno.

32 Ahora, hermanos, los encomiendo a Dios y a
la palabra de su gracia, que tiene poder para
edificarlos y darles herencia entre todos los
santificados.
33 No he codiciado plata, oro ni ropa de nadie.
34 Ustedes mismos saben que estas manos
sirvieron para mis necesidades y para las de los
que estaban conmigo.
35 En todo les he mostrado que, trabajando así,
debemos ayudar a los débiles y recordar las
palabras del Señor Jesús, quien dijo: Más
bienaventurado es dar que recibir.
36 Después de decir estas cosas, se puso de
rodillas y oró con todos ellos.
37 Entonces todos lloraron mucho, abrazaron a
Pablo y lo besaban.
38 Sobre todo se entristecían por la palabra que
había dicho, de que no volverían a ver su rostro. Y
lo acompañaron hasta el barco.

21

1 Después de separarnos de ellos, zarpamos y
fuimos directamente a Cos. Al día siguiente
llegamos a Rodas, y de allí a Pátara.
2 Encontramos un barco que cruzaba a Fenicia,
subimos a bordo y zarpamos.
3 Al avistar Chipre, la dejamos a la izquierda,
navegamos hacia Siria y desembarcamos en Tiro,
porque allí el barco debía descargar.
4 Encontramos a los discípulos y nos quedamos
allí siete días. Ellos decían a Pablo por el Espíritu
que no subiera a Jerusalén.

5 Cuando se cumplieron aquellos días, salimos y
seguimos nuestro camino. Todos, con sus esposas
e hijos, nos acompañaron hasta fuera de la ciudad.
Luego nos arrodillamos en la playa, oramos
6 y nos despedimos unos de otros. Nosotros
subimos al barco, y ellos volvieron a sus casas.
7 Terminando el viaje desde Tiro, llegamos a
Tolemaida. Saludamos a los hermanos y nos
quedamos con ellos un día.
8 Al día siguiente salimos y llegamos a Cesarea.
Entramos en casa de Felipe el evangelista, que
era uno de los siete, y nos quedamos con él.
9 Este tenía cuatro hijas vírgenes que
profetizaban.
10 Mientras nos quedábamos allí varios días,
descendió de Judea un profeta llamado Agabo.
11 Él vino a nosotros, tomó el cinturón de Pablo,
se ató los pies y las manos, y dijo: Así dice el
Espíritu Santo: Así atarán los judíos en Jerusalén
al hombre dueño de este cinturón, y lo entregarán
en manos de los gentiles.
12 Cuando oímos esto, nosotros y los de aquel
lugar le rogamos a Pablo que no subiera a
Jerusalén.
13 Pero Pablo respondió: ¿Qué hacen llorando y
quebrantándome el corazón? Porque yo estoy
dispuesto no solo a ser atado, sino también a
morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús.
14 Como no se dejaba convencer, dejamos de
insistir y dijimos: Hágase la voluntad del Señor.
15 Después de esos días, preparamos nuestras
cosas y subimos a Jerusalén.

16 También fueron con nosotros algunos discípulos de Cesarea, llevando a un hombre
llamado Mnasón, de Chipre, discípulo antiguo, en
cuya casa nos hospedaríamos.
17 Cuando llegamos a Jerusalén, los hermanos
nos recibieron con alegría.
18 Al día siguiente, Pablo fue con nosotros a ver
a Jacobo, y todos los ancianos estaban presentes.
19 Después de saludarlos, Pablo les contó en
detalle lo que Dios había hecho entre los gentiles
por medio de su ministerio.
20 Al oírlo, glorificaron a Dios. Luego le dijeron:
Ya ves, hermano, cuántos miles de judíos han
creído, y todos son celosos por la Ley.
21 Pero se les ha informado acerca de ti que
enseñas a todos los judíos que están entre los
gentiles a apartarse de Moisés, diciéndoles que no
circunciden a sus hijos ni sigan las costumbres.
22 ¿Qué haremos, entonces? Sin duda oirán que
has venido.
23 Haz, pues, esto que te decimos: Tenemos
cuatro hombres que han hecho un voto.
24 Tómalos contigo, purifícate con ellos y paga
sus gastos, para que se rasuren la cabeza. Así
todos sabrán que no es cierto lo que han oído
acerca de ti, sino que tú también andas
ordenadamente y guardas la Ley.
25 En cuanto a los gentiles que han creído,
nosotros ya les escribimos nuestra decisión: que
se aparten de lo ofrecido a ídolos, de sangre, de
animales estrangulados y de inmoralidad sexual.
26 Entonces Pablo tomó a los hombres, y al día
siguiente se purificó con ellos. Entró en el templo

para anunciar cuándo se cumplirían los días de la purificación y cuándo se presentaría la ofrenda por cada uno de ellos.

27 Cuando estaban por cumplirse los siete días,
unos judíos de Asia, al verlo en el templo,
alborotaron a toda la multitud y le echaron mano,
28 gritando: ¡Varones de Israel, ayúdennos! Este
es el hombre que enseña a todos, en todas partes,
contra nuestro pueblo, contra la Ley y contra este
lugar. Además, ha metido a griegos en el templo y
ha profanado este lugar santo.
29 Porque antes habían visto con él en la ciudad
a Trófimo, el efesio, y pensaban que Pablo lo había
metido en el templo.
30 Toda la ciudad se alborotó, y la gente corrió
junta. Tomaron a Pablo, lo arrastraron fuera del
templo, y enseguida cerraron las puertas.
31 Mientras procuraban matarlo, llegó aviso al
comandante de la compañía romana de que toda
Jerusalén estaba alborotada.
32 Él tomó enseguida soldados y centuriones, y
bajó corriendo hacia ellos. Cuando vieron al
comandante y a los soldados, dejaron de golpear
a Pablo.
33 Entonces el comandante se acercó, arrestó a
Pablo y mandó que lo ataran con dos cadenas.
Luego preguntó quién era y qué había hecho.
34 Pero entre la multitud unos gritaban una
cosa, y otros otra. Como no podía saber la verdad
por causa del alboroto, mandó llevarlo al cuartel.

35 Cuando Pablo llegó a las gradas, los soldados
tuvieron que cargarlo por la violencia de la
multitud,
36 porque una gran multitud lo seguía,
gritando: ¡Fuera con él!
37 Cuando estaban por meterlo en el cuartel,
Pablo dijo al comandante: ¿Me permites decirte
algo? Él respondió: ¿Sabes griego?
38 ¿No eres tú el egipcio que hace algún tiempo
levantó una rebelión y llevó al desierto a cuatro
mil sicarios?
39 Pablo respondió: Yo soy judío de Tarso de
Cilicia, ciudadano de una ciudad importante. Te
ruego que me permitas hablar al pueblo.
40 Cuando el comandante se lo permitió, Pablo,
de pie en las gradas, hizo señal con la mano al
pueblo. Cuando hubo gran silencio, les habló en
lengua hebrea, diciendo:

22

1 Hermanos y padres, escuchen ahora mi
defensa ante ustedes.
2 Cuando oyeron que les hablaba en lengua
hebrea, guardaron más silencio. Entonces Pablo
dijo:
3 Yo soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero
criado en esta ciudad. Fui instruido a los pies de
Gamaliel conforme a la estricta Ley de nuestros
padres, y era celoso por Dios, como todos ustedes
lo son hoy.
4 Perseguí este Camino hasta la muerte,
arrestando y metiendo en la cárcel a hombres y
mujeres.

5 De esto me son testigos el sumo sacerdote y
todos los ancianos. De ellos recibí cartas para los
hermanos, y fui a Damasco para traer presos a
Jerusalén a los que estaban allí, para que fueran
castigados.
6 Pero sucedió que, mientras iba de camino y
me acercaba a Damasco, como al mediodía, de
repente una gran luz del cielo brilló alrededor de
mí.
7 Caí al suelo y oí una voz que me decía: Saulo,
Saulo, ¿por qué me persigues?
8 Yo respondí: ¿Quién eres, Señor? Él me dijo: Yo
soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues.
9 Los que estaban conmigo vieron la luz y
tuvieron miedo, pero no entendieron la voz del
que me hablaba.
10 Entonces dije: ¿Qué haré, Señor? El Señor me
dijo: Levántate y ve a Damasco. Allí se te dirá todo
lo que se ha ordenado que hagas.
11 Como yo no podía ver a causa del resplandor
de aquella luz, los que estaban conmigo me
llevaron de la mano, y así llegué a Damasco.
12 Entonces vino a mí un hombre llamado
Ananías, piadoso según la Ley y de buen
testimonio entre todos los judíos que vivían allí.
13 Él se puso junto a mí y me dijo: Hermano
Saulo, recibe la vista. Y en ese mismo momento lo
pude ver.
14 Él dijo: El Dios de nuestros padres te ha
escogido para que conozcas su voluntad, veas al
Justo y oigas la voz de su boca.
15 Porque serás testigo suyo ante todos los
hombres de lo que has visto y oído.

16 Ahora, ¿por qué te detienes? Levántate, sé
bautizado y lava tus pecados, invocando su
nombre.
17 Cuando regresé a Jerusalén, mientras oraba
en el templo, caí en éxtasis
18 y vi al Señor, que me decía: Apresúrate y sal
pronto de Jerusalén, porque no recibirán tu
testimonio acerca de mí.
19 Yo dije: Señor, ellos saben que yo encarcelaba
y azotaba en las sinagogas a los que creían en ti.
20 Y cuando se derramaba la sangre de Esteban,
tu testigo, yo también estaba presente, aprobaba
su muerte y guardaba la ropa de los que lo
mataban.
21 Pero él me dijo: Ve, porque yo te enviaré
lejos, a los gentiles.
22 Hasta esta palabra lo escucharon. Entonces
alzaron la voz y dijeron: ¡Quita de la tierra a tal
hombre, porque no conviene que viva!
23 Mientras ellos gritaban, arrojaban sus
mantos y lanzaban polvo al aire,
24 el comandante mandó que metieran a Pablo
en el cuartel. Ordenó que lo interrogaran con
azotes, para saber por qué gritaban así contra él.
25 Cuando lo ataron con correas, Pablo dijo al
centurión que estaba allí: ¿Les está permitido
azotar a un ciudadano romano sin haberlo
condenado?
26 Cuando el centurión oyó esto, fue al
comandante y le avisó, diciendo: ¿Qué vas a
hacer? Porque este hombre es ciudadano
romano.

27 Entonces el comandante se acercó y le dijo:
Dime, ¿eres ciudadano romano? Pablo respondió:
Sí.
28 El comandante dijo: Yo compré esta
ciudadanía por mucho dinero. Pablo respondió:
Pero yo la tengo por nacimiento.
29 Entonces los que iban a interrogarlo se
apartaron de él enseguida. También el
comandante tuvo miedo al saber que Pablo era
ciudadano romano, porque lo había encadenado.
30 Al día siguiente, queriendo saber con certeza
de qué lo acusaban los judíos, el comandante lo
soltó de las cadenas y mandó que se reunieran
los principales sacerdotes y todo el concilio.
Luego bajó a Pablo y lo puso delante de ellos.

23

1 Pablo, mirando fijamente al concilio, dijo:
Hermanos, hasta el día de hoy he vivido delante
de Dios con toda buena conciencia.
2 Entonces el sumo sacerdote Ananías mandó a
los que estaban junto a Pablo que lo golpearan en
la boca.
3 Pablo le dijo: Dios te golpeará a ti, pared
blanqueada. ¿Estás sentado para juzgarme
conforme a la Ley, y mandas golpearme contra la
Ley?
4 Los que estaban allí dijeron: ¿Insultas al sumo
sacerdote de Dios?
5 Pablo respondió: Hermanos, no sabía que era
el sumo sacerdote, pues está escrito: No hablarás
mal del gobernante de tu pueblo.
6 Al darse cuenta Pablo de que una parte del
concilio era de saduceos y la otra de fariseos,

clamó en el concilio: Hermanos, yo soy fariseo,
hijo de fariseos. Se me juzga por la esperanza de
la resurrección de los muertos.
7 Cuando dijo esto, se produjo una discusión
entre fariseos y saduceos, y la asamblea se
dividió.
8 Porque los saduceos dicen que no hay
resurrección, ni ángel, ni espíritu; pero los fariseos
reconocen todo esto.
9 Entonces hubo un gran clamor. Algunos
escribas del grupo de los fariseos se levantaron y
discutían, diciendo: No encontramos ningún mal
en este hombre. ¿Y si le habló un espíritu o un
ángel?
10 Como la discusión se hacía cada vez más
violenta, el comandante tuvo miedo de que
despedazaran a Pablo. Entonces mandó a los
soldados que bajaran, lo sacaran de en medio de
ellos por la fuerza y lo llevaran al cuartel.
11 A la noche siguiente, el Señor se le apareció y
le dijo: Ten ánimo, Pablo, porque así como has
dado testimonio de mí en Jerusalén, también
debes dar testimonio en Roma.
12 Cuando se hizo de día, algunos de los judíos
hicieron un complot y se juramentaron, diciendo
que no comerían ni beberían hasta matar a Pablo.
13 Eran más de cuarenta los que hicieron este
juramento.
14 Fueron a los principales sacerdotes y a los
ancianos y dijeron: Nos hemos juramentado bajo
maldición a no probar nada hasta que matemos a
Pablo.
15 Ahora ustedes, junto con el concilio, pidan al
comandante que lo haga bajar mañana ante

ustedes, como si fueran a examinar su caso con más detalle. Nosotros estaremos listos para matarlo antes de que llegue.

16 Pero el hijo de la hermana de Pablo oyó acerca de la emboscada. Entonces fue, entró en el cuartel y se lo contó a Pablo.

17 Pablo llamó a uno de los centuriones y le dijo: Lleva a este joven al comandante, porque tiene algo que decirle.

18 El centurión lo llevó al comandante y dijo: Pablo, el preso, me llamó y me pidió que trajera a este joven ante ti, porque tiene algo que decirte.

19 El comandante tomó al joven de la mano, se apartó con él y le preguntó en privado: ¿Qué tienes que decirme?

20 Él respondió: Los judíos se han puesto de acuerdo para pedirte que mañana hagas bajar a Pablo al concilio, como si fueran a investigar su caso con más detalle.

21 Pero no les creas, porque más de cuarenta hombres de ellos lo esperan en una emboscada. Se han juramentado a no comer ni beber hasta que lo maten. Ya están listos, esperando tu permiso.

22 Entonces el comandante despidió al joven, mandándole: No digas a nadie que me has informado de esto.

23 Luego llamó a dos centuriones y les dijo: Preparen doscientos soldados, setenta jinetes y doscientos lanceros para ir a Cesarea a la hora tercera de la noche.

24 También preparen caballos para que Pablo monte, y llévenlo a salvo al gobernador Félix.

25 El comandante escribió una carta en estos términos:
26 Claudio Lisias, al excelentísimo gobernador Félix: Saludos.
27 Este hombre fue arrestado por los judíos y estaba a punto de ser matado por ellos. Pero yo llegué con los soldados y lo rescaté, al saber que era ciudadano romano.
28 Quise saber la causa por la que lo acusaban, y lo llevé ante su concilio.
29 Encontré que lo acusaban por cuestiones de su Ley, pero no tenía ningún cargo digno de muerte o prisión.
30 Cuando se me informó que había una emboscada contra este hombre, lo envié enseguida a ti, y también ordené a sus acusadores que presenten ante ti lo que tienen contra él. Que estés bien.
31 Entonces los soldados, conforme a las órdenes que habían recibido, tomaron a Pablo y lo llevaron de noche a Antípatris.
32 Al día siguiente, dejaron que los jinetes siguieran con él, y ellos regresaron al cuartel.
33 Cuando los jinetes llegaron a Cesarea, entregaron la carta al gobernador y presentaron también a Pablo delante de él.
34 Después de leer la carta, el gobernador preguntó de qué provincia era Pablo. Al saber que era de Cilicia,
35 dijo: Te escucharé cuando vengan tus acusadores. Y mandó que lo guardaran en el pretorio de Herodes.

24

1 Cinco días después, descendió el sumo
sacerdote Ananías con algunos ancianos y un
abogado llamado Tértulo. Ellos presentaron ante
el gobernador su acusación contra Pablo.

2 Cuando Pablo fue llamado, Tértulo comenzó a
acusarlo, diciendo: Excelentísimo Félix, gracias a
ti gozamos de mucha paz, y por tu prudencia se
han hecho mejoras para esta nación.

3 Siempre y en todas partes recibimos esto con
toda gratitud.

4 Pero para no molestarte más, te ruego que nos
escuches brevemente con tu bondad.

5 Hemos encontrado que este hombre es una
plaga. Provoca rebeliones entre todos los judíos
por todo el mundo, y es cabecilla de la secta de los
nazarenos.

6 También intentó profanar el templo, y por eso
lo arrestamos.

7 Pero el comandante Lisias vino y con gran
violencia lo quitó de nuestras manos.

8 Al interrogarlo tú mismo, podrás conocer la
verdad de todas estas cosas de que lo acusamos.

9 Los judíos también se unieron a la acusación,
afirmando que estas cosas eran así.

10 Entonces, cuando el gobernador le hizo señal
para que hablara, Pablo respondió: Sabiendo que
desde hace muchos años eres juez de esta nación,
con buen ánimo presento mi defensa.

11 Tú puedes comprobar que no hace más de
doce días subí a Jerusalén para adorar.

12 No me encontraron discutiendo con nadie en
el templo, ni alborotando a la multitud en las
sinagogas ni en la ciudad.
13 Tampoco pueden probar las cosas de que
ahora me acusan.
14 Pero esto sí te confieso: según el Camino que
ellos llaman secta, así sirvo al Dios de mis padres.
Creo todo lo que está escrito en la Ley y en los
Profetas.
15 Tengo esperanza en Dios, la misma que ellos
también esperan: que habrá resurrección de los
muertos, tanto de justos como de injustos.
16 Por esto procuro siempre tener una
conciencia limpia delante de Dios y de los
hombres.
17 Después de varios años, vine a traer ayuda a
mi nación y a presentar ofrendas.
18 Mientras hacía esto, me encontraron
purificado en el templo, no con multitud ni con
alboroto.
19 Pero había allí unos judíos de Asia, quienes
deberían estar aquí delante de ti para acusarme,
si tienen algo contra mí.
20 O que digan estos mismos qué delito
encontraron en mí cuando estuve delante del
concilio,
21 a menos que sea por esta sola frase que grité
estando entre ellos: Por la resurrección de los
muertos soy juzgado hoy delante de ustedes.
22 Entonces Félix, que conocía bien lo referente
al Camino, aplazó el asunto y dijo: Cuando baje el
comandante Lisias, decidiré su caso.
23 Mandó al centurión que mantuviera a Pablo
bajo custodia, pero con cierta libertad, y que no

impidiera a ninguno de sus amigos atenderlo o visitarlo.

24 Algunos días después, Félix vino con Drusila, su esposa, que era judía. Mandó llamar a Pablo y lo escuchó acerca de la fe en Cristo Jesús.

25 Pero cuando Pablo hablaba de justicia, dominio propio y del juicio venidero, Félix tuvo miedo y respondió: Por ahora vete. Cuando tenga oportunidad, te llamaré.

26 Al mismo tiempo, esperaba que Pablo le diera dinero para soltarlo. Por eso lo mandaba llamar con frecuencia y conversaba con él.

27 Pasados dos años, Félix fue sucedido por Porcio Festo. Pero Félix, queriendo agradar a los judíos, dejó preso a Pablo.

25

1 Tres días después de llegar a la provincia, Festo subió de Cesarea a Jerusalén.

2 Los principales sacerdotes y los líderes de los judíos presentaron acusación contra Pablo,

3 y le pidieron a Festo, como un favor contra Pablo, que lo mandara traer a Jerusalén. Ellos preparaban una emboscada para matarlo en el camino.

4 Pero Festo respondió que Pablo estaba custodiado en Cesarea, y que él mismo partiría pronto hacia allá.

5 Dijo: Que los principales de ustedes bajen conmigo, y si hay algún delito en este hombre, acúsenlo allí.

6 Festo se quedó entre ellos no más de ocho o
diez días, y luego bajó a Cesarea. Al día siguiente
se sentó en el tribunal y mandó traer a Pablo.
7 Cuando Pablo llegó, los judíos que habían
bajado de Jerusalén lo rodearon y presentaron
muchas acusaciones graves contra él, pero no
podían probarlas.
8 Pablo se defendía, diciendo: No he cometido
ningún delito contra la Ley de los judíos, ni contra
el templo, ni contra César.
9 Pero Festo, queriendo agradar a los judíos,
respondió a Pablo: ¿Quieres subir a Jerusalén y ser
juzgado allí delante de mí acerca de estas cosas?
10 Pablo dijo: Estoy ante el tribunal de César,
donde debo ser juzgado. A los judíos no les he
hecho ningún mal, como tú sabes muy bien.
11 Si he hecho mal y he cometido algo digno de
muerte, no me niego a morir. Pero si no hay nada
cierto en las acusaciones que estos presentan
contra mí, nadie puede entregarme a ellos. Apelo
a César.
12 Entonces Festo, después de hablar con el
consejo, respondió: A César has apelado; a César
irás.
13 Pasados algunos días, el rey Agripa y
Berenice llegaron a Cesarea para saludar a Festo.
14 Como se quedaron allí muchos días, Festo
presentó al rey el caso de Pablo, diciendo: Hay
aquí un hombre que Félix dejó preso.
15 Cuando estuve en Jerusalén, los principales
sacerdotes y los ancianos de los judíos
presentaron acusación contra él y pidieron
sentencia en su contra.

16 Yo les respondí que no es costumbre de los
romanos entregar a ningún hombre antes de que
el acusado tenga delante a sus acusadores y
pueda defenderse de la acusación.
17 Por eso, cuando vinieron aquí, no tardé. Al
día siguiente me senté en el tribunal y mandé
traer al hombre.
18 Cuando sus acusadores se levantaron, no
presentaron contra él ninguna acusación de los
delitos que yo esperaba.
19 Solo tenían contra él algunas cuestiones
acerca de su propia religión, y acerca de un tal
Jesús, ya muerto, de quien Pablo afirma que está
vivo.
20 Como yo no sabía cómo investigar estas cosas,
le pregunté si quería ir a Jerusalén y ser juzgado
allí acerca de ellas.
21 Pero cuando Pablo apeló para que se le
guardara para la decisión del emperador, mandé
que quedara preso hasta que yo lo enviara a
César.
22 Entonces Agripa dijo a Festo: Yo también
quisiera oír a ese hombre. Festo respondió:
Mañana lo oirás.
23 Al día siguiente, Agripa y Berenice vinieron
con gran pompa y entraron en la sala de
audiencia con los comandantes y los hombres
principales de la ciudad. Por orden de Festo,
Pablo fue traído.
24 Festo dijo: Rey Agripa, y todos los hombres
que están aquí con nosotros, ustedes ven a este
hombre. Toda la multitud de los judíos me ha
pedido, tanto en Jerusalén como aquí, gritando
que no debe seguir viviendo.

25 Pero yo encontré que no ha hecho nada
digno de muerte. Como él mismo apeló al
emperador, decidí enviarlo.
26 Pero no tengo nada seguro que escribir a mi
señor acerca de él. Por eso lo he traído ante
ustedes, y especialmente ante ti, rey Agripa, para
que después del interrogatorio tenga algo que
escribir.
27 Porque me parece absurdo enviar a un preso
sin indicar los cargos que hay contra él.

26

1 Entonces Agripa dijo a Pablo: Se te permite
hablar por ti mismo. Pablo extendió la mano y
comenzó su defensa:
2 Me considero dichoso, rey Agripa, de poder
defenderme hoy delante de ti de todas las
acusaciones que los judíos hacen contra mí,
3 sobre todo porque tú conoces muy bien todas
las costumbres y cuestiones de los judíos. Por eso
te ruego que me escuches con paciencia.
4 Todos los judíos conocen mi manera de vivir
desde mi juventud, desde el principio entre mi
nación y en Jerusalén.
5 Ellos me conocen desde antes, si quieren
testificar, y saben que viví como fariseo, según el
grupo más estricto de nuestra religión.
6 Ahora estoy aquí siendo juzgado por la
esperanza de la promesa que Dios hizo a
nuestros padres.
7 Nuestras doce tribus esperan alcanzar esta
promesa, sirviendo a Dios con fervor de noche y

de día. Por esta esperanza, oh rey, soy acusado
por los judíos.
8 ¿Por qué les parece increíble a ustedes que
Dios resucite a los muertos?
9 Yo mismo pensaba que debía hacer muchas
cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret.
10 Eso hice en Jerusalén. Encerré en cárceles a
muchos de los santos, con autoridad recibida de
los principales sacerdotes; y cuando los mataban,
yo daba mi voto contra ellos.
11 Muchas veces los castigaba en todas las
sinagogas y procuraba obligarlos a blasfemar.
Enfurecido en extremo contra ellos, los perseguía
aun hasta ciudades extranjeras.
12 En esto iba yo a Damasco, con autoridad y
comisión de los principales sacerdotes.
13 Al mediodía, oh rey, vi en el camino una luz
del cielo, más brillante que el sol, que
resplandeció alrededor de mí y de los que
viajaban conmigo.
14 Cuando todos caímos al suelo, oí una voz que
me hablaba en lengua hebrea: Saulo, Saulo, ¿por
qué me persigues? Dura cosa te es dar coces
contra el aguijón.
15 Yo dije: ¿Quién eres, Señor? El Señor
respondió: Yo soy Jesús, a quien tú persigues.
16 Pero levántate y ponte de pie, porque para
esto me he aparecido a ti: para hacerte siervo y
testigo de las cosas que has visto y de aquellas en
que me apareceré a ti.
17 Te libraré de tu pueblo y de los gentiles, a
quienes ahora te envío,

18 para abrir sus ojos, para que se conviertan
de las tinieblas a la luz, y del poder de Satanás a
Dios; para que reciban perdón de pecados y
herencia entre los santificados por la fe en mí.
19 Por eso, rey Agripa, no fui desobediente a la
visión celestial.
20 Primero anuncié a los de Damasco, luego a
los de Jerusalén, después por toda la tierra de
Judea y también a los gentiles, que debían
arrepentirse y volverse a Dios, haciendo obras
dignas de arrepentimiento.
21 Por esta causa los judíos me arrestaron en el
templo e intentaron matarme.
22 Pero habiendo recibido ayuda de Dios,
permanezco hasta el día de hoy dando testimonio
a pequeños y grandes. No digo nada fuera de lo
que los profetas y Moisés dijeron que sucedería:
23 que el Cristo debía padecer, y que, siendo el
primero en resucitar de entre los muertos,
anunciaría luz al pueblo y a los gentiles.
24 Mientras Pablo decía estas cosas en su
defensa, Festo dijo a gran voz: ¡Estás loco, Pablo!
Mucho estudio te está volviendo loco.
25 Pero Pablo respondió: No estoy loco,
excelentísimo Festo, sino que hablo palabras de
verdad y de buen juicio.
26 Porque el rey conoce estas cosas, y por eso le
hablo con libertad. Estoy seguro de que nada de
esto se le oculta, pues no se hizo en secreto.
27 Rey Agripa, ¿crees a los profetas? Yo sé que
crees.
28 Entonces Agripa dijo a Pablo: Por poco me
persuades a hacerme cristiano.

29 Pablo respondió: Quisiera Dios que, por poco
o por mucho, no solo tú, sino también todos los
que hoy me oyen, llegaran a ser como yo, excepto
por estas cadenas.
30 Entonces se levantaron el rey, el gobernador,
Berenice y los que estaban sentados con ellos.
31 Al retirarse, hablaban entre sí, diciendo: Este
hombre no hace nada digno de muerte ni de
prisión.
32 Agripa dijo a Festo: Este hombre podría
haber sido puesto en libertad, si no hubiera
apelado a César.

27

1 Cuando se decidió que navegaríamos a Italia,
entregaron a Pablo y a otros presos a un
centurión llamado Julio, de la compañía Augusta.
2 Subimos a un barco de Adramitio que iba a
navegar hacia los puertos de Asia, y zarpamos.
Con nosotros estaba Aristarco, macedonio de
Tesalónica.
3 Al día siguiente llegamos a Sidón. Julio trató a
Pablo con bondad y le permitió ir a sus amigos
para recibir atención.
4 Desde allí zarpamos y navegamos al abrigo de
Chipre, porque los vientos eran contrarios.
5 Después de cruzar el mar frente a Cilicia y
Panfilia, llegamos a Mira de Licia.
6 Allí el centurión encontró un barco de
Alejandría que navegaba a Italia, y nos embarcó
en él.
7 Navegamos lentamente durante muchos días,
y con dificultad llegamos frente a Gnido. Como el

viento no nos dejaba avanzar, navegamos al
abrigo de Creta, frente a Salmón.
8 Costeando con dificultad, llegamos a un lugar
llamado Buenos Puertos, cerca de la ciudad de
Lasea.
9 Había pasado mucho tiempo, y la navegación
ya era peligrosa, porque aun el Ayuno ya había
pasado. Entonces Pablo les aconsejaba,
10 diciendo: Señores, veo que este viaje será con
daño y mucha pérdida, no solo de la carga y del
barco, sino también de nuestras vidas.
11 Pero el centurión prestó más atención al
piloto y al dueño del barco que a lo que Pablo
decía.
12 Como el puerto no era cómodo para pasar el
invierno, la mayoría decidió salir de allí, por si
podían llegar a Fenice, un puerto de Creta que
mira al suroeste y al noroeste, y pasar allí el
invierno.
13 Cuando comenzó a soplar suavemente el
viento del sur, pensaron que podían lograr su
propósito. Entonces levaron anclas y navegaron
costeando Creta.
14 Pero poco después se levantó contra el barco
un viento huracanado llamado Euroclidón.
15 Como el barco fue arrastrado y no podía
hacer frente al viento, nos dejamos llevar.
16 Pasando al abrigo de una pequeña isla
llamada Clauda, con dificultad pudimos asegurar
el bote salvavidas.
17 Después de subirlo a bordo, reforzaron el
barco con cables. Y por temor a encallar en los
bancos de arena de la Sirte, bajaron el ancla
flotante y se dejaron llevar.

18 Al día siguiente, como éramos sacudidos con
violencia por la tormenta, comenzaron a arrojar
la carga.
19 Al tercer día, con nuestras propias manos
arrojaron los aparejos del barco.
20 Durante muchos días no aparecieron ni el sol
ni las estrellas, y una gran tormenta nos
golpeaba. Entonces perdimos toda esperanza de
salvarnos.
21 Después de mucho tiempo sin comer, Pablo
se puso de pie en medio de ellos y dijo: Señores,
debieron haberme escuchado y no salir de Creta;
así se habrían evitado este daño y esta pérdida.
22 Pero ahora los animo a tener buen ánimo,
porque no se perderá la vida de ninguno de
ustedes, sino solo el barco.
23 Porque esta noche estuvo junto a mí un ángel
del Dios a quien pertenezco y a quien sirvo.
24 Me dijo: No temas, Pablo. Debes presentarte
ante César; y mira, Dios te ha concedido la vida de
todos los que navegan contigo.
25 Por tanto, tengan ánimo, señores, porque creo
a Dios que será tal como se me dijo.
26 Pero es necesario que seamos arrojados a
alguna isla.
27 Cuando llegó la noche catorce, mientras
éramos llevados de un lado a otro por el mar
Adriático, cerca de la medianoche los marineros
sospecharon que se acercaban a tierra.
28 Echaron la sonda y hallaron veinte brazas.
Un poco más adelante volvieron a echarla y
hallaron quince brazas.

29 Temiendo que chocáramos contra las rocas,
echaron cuatro anclas desde la popa y deseaban
que amaneciera.
30 Pero los marineros intentaban huir del
barco. Bajaron el bote al mar, con el pretexto de
echar anclas desde la proa.
31 Entonces Pablo dijo al centurión y a los
soldados: Si estos no se quedan en el barco,
ustedes no podrán salvarse.
32 Entonces los soldados cortaron las cuerdas
del bote y lo dejaron caer.
33 Cuando comenzaba a amanecer, Pablo
animaba a todos a comer, diciendo: Hoy es el día
catorce que ustedes esperan y siguen sin comer,
sin tomar nada.
34 Por eso les ruego que coman algo, pues esto
es necesario para su salud. Porque ni un cabello
de la cabeza de ninguno de ustedes se perderá.
35 Después de decir esto, tomó pan, dio gracias
a Dios delante de todos, lo partió y comenzó a
comer.
36 Entonces todos se animaron y también
comieron.
37 Éramos en total doscientas setenta y seis
personas en el barco.
38 Cuando comieron suficiente, aligeraron el
barco, echando el trigo al mar.
39 Cuando se hizo de día, no reconocían la tierra,
pero vieron una bahía con playa. Decidieron
intentar encallar allí el barco, si podían.
40 Cortaron las anclas y las dejaron en el mar.
También soltaron las amarras de los timones,
izaron la vela de proa al viento y se dirigieron
hacia la playa.

41 Pero al llegar a un lugar donde se juntaban
dos corrientes, el barco encalló. La proa quedó
clavada y no se movía, mientras la popa se
rompía por la fuerza de las olas.
42 Entonces los soldados decidieron matar a los
presos, para que ninguno escapara nadando.
43 Pero el centurión, queriendo salvar a Pablo,
les impidió hacerlo. Ordenó que los que sabían
nadar se echaran primero al mar y llegaran a
tierra.
44 Los demás salieron, unos en tablas y otros en
partes del barco. Así todos llegaron salvos a
tierra.

28

1 Una vez a salvo, supimos que la isla se
llamaba Malta.
2 Los habitantes del lugar nos trataron con
gran bondad. Encendieron una fogata y nos
recibieron a todos, porque llovía y hacía frío.
3 Pablo juntó unas ramas secas y las puso en el
fuego. Entonces, por el calor, salió una víbora y se
le prendió en la mano.
4 Cuando los habitantes vieron la víbora
colgando de su mano, se decían unos a otros: Sin
duda este hombre es asesino. Aunque se salvó
del mar, la justicia no lo deja vivir.
5 Pero Pablo sacudió la víbora en el fuego y no
sufrió ningún daño.
6 Ellos esperaban que se hinchara o cayera
muerto de repente. Pero después de esperar
mucho y ver que no le pasaba nada malo,
cambiaron de opinión y decían que era un dios.

7 Cerca de aquel lugar había tierras del hombre
principal de la isla, llamado Publio. Él nos recibió
y nos hospedó amablemente durante tres días.
8 El padre de Publio estaba en cama, enfermo
de fiebre y disentería. Pablo entró a verlo, oró, le
impuso las manos y lo sanó.
9 Después de esto, también los demás enfermos
de la isla venían y eran sanados.
10 Ellos nos honraron con muchas atenciones, y
cuando zarpamos, nos proveyeron de todo lo
necesario.
11 Después de tres meses, zarpamos en un
barco de Alejandría que había pasado el invierno
en la isla. Tenía por insignia a los dioses gemelos.
12 Llegamos a Siracusa y nos quedamos allí tres
días.
13 Desde allí, costeando, llegamos a Regio. Al
día siguiente sopló un viento del sur, y al segundo
día llegamos a Puteoli.
14 Allí encontramos hermanos, quienes nos
rogaron que nos quedáramos con ellos siete días.
Y así llegamos a Roma.
15 Los hermanos de Roma, al oír de nosotros,
salieron a recibirnos hasta el Foro de Apio y las
Tres Tabernas. Al verlos, Pablo dio gracias a Dios
y cobró ánimo.
16 Cuando llegamos a Roma, el centurión
entregó los presos al capitán de la guardia, pero a
Pablo se le permitió vivir aparte, con el soldado
que lo custodiaba.
17 Tres días después, Pablo convocó a los
principales de los judíos. Cuando se reunieron,
les dijo: Hermanos, aunque no he hecho nada

contra nuestro pueblo ni contra las costumbres
de nuestros padres, fui entregado preso desde
Jerusalén en manos de los romanos.
18 Después de interrogarme, ellos querían
soltarme, porque no había en mí ninguna causa
de muerte.
19 Pero como los judíos se oponían, me vi
obligado a apelar a César, no porque tenga alguna
acusación contra mi nación.
20 Por esta causa los he llamado, para verlos y
hablar con ustedes, porque por la esperanza de
Israel estoy sujeto con esta cadena.
21 Ellos le dijeron: Nosotros no hemos recibido
cartas de Judea acerca de ti, ni ha venido
ninguno de los hermanos para informar o decir
algo malo de ti.
22 Pero queremos oír de ti lo que piensas,
porque sabemos que en todas partes se habla
contra esta secta.
23 Después de fijarle un día, vinieron muchos a
donde se hospedaba. Desde la mañana hasta la
tarde, Pablo les explicaba y daba testimonio del
reino de Dios, persuadiéndolos acerca de Jesús
por medio de la Ley de Moisés y de los Profetas.
24 Algunos creían lo que se decía, pero otros no
creían.
25 Como no se ponían de acuerdo entre sí,
comenzaron a retirarse después de que Pablo
dijo una sola palabra: Bien habló el Espíritu Santo
por medio del profeta Isaías a nuestros padres,
26 diciendo: Ve a este pueblo y di: Oyendo,
oirán, pero no entenderán; y viendo, verán, pero
no percibirán.

27 Porque el corazón de este pueblo se ha
endurecido. Con los oídos oyen con dificultad, y
han cerrado sus ojos, para no ver con los ojos, ni
oír con los oídos, ni entender con el corazón, ni
convertirse, y yo los sane.
28 Sepan, pues, que esta salvación de Dios ha
sido enviada a los gentiles, y ellos oirán.
29 Cuando Pablo dijo esto, los judíos se fueron,
teniendo gran discusión entre ellos.
30 Pablo permaneció dos años enteros en una
casa alquilada, y recibía a todos los que venían a
él.
31 Predicaba el reino de Dios y enseñaba acerca
del Señor Jesucristo con toda valentía y sin
impedimento.

La Biblia en Español Sencillo 2026
The Holy Bible in Simple Spanish, 2026

Public Domain

Language: Español (Spanish)

Dialect: Latin America/Mexico

Translation by: AudioBiblia.org

La Biblia en Español Sencillo 2026

traducido y editado por Irma Flores

email: info@audiobiblia.org

audiobiblia.org

2026-10-30

PDF generated using Haiola and XeLaTeX on 30 Oct 2026 from source files dated 30 Oct 2026
45169fd9-2075-59c7-9c7c-6c4d221175a8